

La Ilustración Artística



Artística

Año XXIX

BARCELONA 26 DE DICIEMBRE DE 1910

Núm. 1.513



EL GUITARRISTA, cuadro de Franz Hals

Esta obra maestra del arte flamenco es propiedad del aficionado inglés conde Howe

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el quinto y último tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA; es el hermoso poema de Homero

LA ODISEA

que lleva en su nombre secular su elogio inmarcesible.

La versión directa y literal de LA ODISEA ha sido confiada al catedrático de Lengua griega de esta Universidad D. Luis Segalá, traductor de la edición de LA ILIADA que publicamos el año pasado y que mereció los conceptos más encomiásticos de toda la crítica y muy singularmente del ilustre polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo.

LA ODISEA va ilustrada con veinticuatro cabeceras de Flaxman y otras tantas láminas de Wal Paget.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Béquer y los hermanos Álvarez Quintero*, por J. Fabré y Oliver. — *Carlos van der Stappen*. — Roma. *La exposición de la Academia Española*. — Centenario argentino. *Los Pabellones de España*, por R. Monner Sans. — *Espéculos*. — M. Marco Ruchet. — *Problema de ajedrez*. — *La madre patria* (novela ilustrada; conclusión). — *Monumento á los pintores Braith y Mali*. — *Actualidades barcelonesas*. — *En la cumbre del Popocatepetl*, por Félix Scholz. — París. *Recepción de la misión Charcot en la Sorbona*.

Grabados.—*El guitarrista*, cuadro de Franz Hals. — *Los hermanos Álvarez Quintero en el Ateneo Barcelonés*. — *El aprendiz*, cuadro de Frank Duvenek. — *Carlos van der Stappen trabajando en su última obra, el monumento «Al Trabajo»*. — *Francesca leyendo á Paolo la historia de Lanzarote*, dibujo de C. Wilmhurst. — Roma. *Exposición de la Academia Española* (seis fotografías). — *Instrumentos raros que se emplean en la ejecución de la ópera «Salomé» en Londres* (lámina). — *La bailaora, La cantadora*, cuadros de A. Larraga. — D. José Artañ. — M. Marco Ruchet. — *El actor italiano Ferruccio Benini*, cuadro de Cambón Glauco. — *Monumento á la memoria de los pintores Braith y Mali*, obra de Federico Kuhn. — *Actualidades de Barcelona* (cuatro fotografías). — *En la cumbre del Popocatepetl* (cinco vistas). — *La misión Charcot en la Sorbona* (dos fotograbados).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Navidad ha vuelto. Ha vuelto con sus ostentaciones y derroches gastronómicos, con sus alegrías íntimas, con sus bullangas callejeras. Y, según las clases sociales, así son las manifestaciones externas de estos regocijos, que la tradición ha consagrado.

En un pueblo de provincia conocíamos á cierto señor, solterón, de regular hacienda, y que padecía ó gozaba de una ociosidad inveterada y crónica. No tenía aquel buen vecino absolutamente nada que hacer. Era madrugador. Desde las seis de la mañana, pues á las cinco había dejado las «ociosas plumas», huroneaba por la ciudad, metiéndose en las calles y rincones más extraviados y escondidos, á la husma de lo que pasaba. La curiosidad era su único vicio; y lo satisfacía ampliamente, merced á su sistema, pues á tales horas se sorprenden infinitos secretillos que, por otra parte, á nadie importan, á menos que se padezca, como el señor á quien me refiero, el afán de averiguar insignificancias que pueden presumirse.

El señor consabido extraía gran parte de sus informaciones y documentos, mediante el registro de la basura. En el polvo, todas las mañanas, la vida de las familias, sus costumbres, son arrojados á la vía pública. Así es que, por la tarde, en el Casino, el curioso podía asombrar á sus vecinos, diciéndoles con aplomo:

—Hoy, en casa de Landín, han comido pollo asado y melón. Por cierto que el melón les salió malo, como un pepino. No pudieron tragarlo. Era de Valencia. Y las de Bradoranes sufrieron un disgusto: se les rompió una taza de porcelana, bien bonita. Pero rota en añicos. ¡Ah! El majadero de Salviada compuso varios sonetos, y ninguno valía un rábano. Por más que tachó, quedaban llenos de ripios... Uno decía: «Mi corazón está como las rosas...» ¡Qué ganada!

* *

Mil veces se me ha ocurrido que, con una ojeada á los despojos de cocina, el 25 de diciembre, sabríamos la clase social á que pertenecen los que los desecharon. Y nadie afecte un sentimiento de desdén hacia los despojos de cocina: sobre ellos ha construído la ciencia gran parte de sus tinglados prehistóricos. Del hombre de las cavernas, conocemos poco más de lo que revelan sus «polveros» anteriores á este útil artefacto doméstico, y conservados para regocijo de sabios etnólogos como mi amigo el señor

Cartailhac, que no creará tener afinidades con el curioso de mi historia.

Ved ese montón de despojos. A tiro de ballesta se advierte que procede de una cena fastuosa, y posterior á la media noche, puesto que en ella se ha promiscuado y ha dominado la vianda. A tal cena precedería, seguramente, una Misa del gallo, en el oratorio de la elegante residencia. Terminada la misa, las señoras dejarían sus mantillas,— echadas sobre el moño, sin prender,— encima de un mueble, y del brazo de los caballeros, bromeando, pasarían al comedor. La cena y su epílogo durarían hasta las dos de la noche, por lo menos. Y aquí, en el montón de lo que va á ser arrojado á la basura, está en cifra, el menú. Los huesos de la *pularda*, los papeles de plata que cubrían las terrinas del *foie gras*, pringosas con la salsa tártara del salmón, las reducidas capsulillas de las guindas en aguardiente glaseadas, y los finos fragmentos de vidrio de la copa en que se libó el Champagne, cuya marca, *Mumm extra dry*, nos muestran las botellas desventradas y vacías. Sobre las botellas sin tripas y el vidrio hecho cascós, como una alegría del placer pasajero, languidecen, empaladas en sus alambritos y envaradas por sus palitroques, las flores que centraron y engalanaron la mesa: mustias violetas rusas, camelias orladas ya de orfín, crisantemos lacios como arañas muertas... Y las conchas de las ostras, al sol de invierno, muestran aún galanos reflejos de nácar. Lo que contiene este polvo aristocrático, valía ayer á la noche, centenares de pesetas...

Otro polvo, más usado, roto á fuerza de servicios, no es menos elocuente. La familia ha cenado á las nueve, probablemente, para que no trasnochen los niños, que están diabólicos y han manifestado la resolución de no acostarse, ni hechos trizas. Se han sentado á la mesa el padre, la madre, los tres barrabases, un primo soltero que ha venido de provincia y echa de menos el hogar, y una amiga que vive sola porque tiene á sus dos hijos empleados, rodando por ahí. La cena ha sido una mezcla de melancolías y momentos gratos. Se ha recordado á los ausentes, se han alabado los platos, (lo cual es enteramente mesocrático y cursi, entre paréntesis sea dicho, pues el buen tono impone la ley de no comentar la comida, de charlar de cualquiera otra cosa, mientras se masea). Hasta se ha aplaudido al besugo, tan orondo, con sus ruedecillas de limón que le mechan la carne blanca, tersa y jugosa. Y el alborozo ha subido de punto con una botella de Champagne también, pero de marca barata y nacional, que el dueño de la casa ha traído para sorprender, debajo de la pañosa... Y allí aparece todo, en el polvo: una zambomba rota, de los chiquillos, las rasas del besugo con los cuarterones de limón estrujados, el envase del Champagne, las cáscaras de la almendra que se molió para la sopa, los tronchos de la coliflor... Los de la cena tardía no han comido más sabrosamente que estos burgueses, para quienes la succulencia del fresco pez del Cantábrico—un horror de caro, ¡seis pesetas!, cómo se aprovechan los pescaderos!,—constituye un extraordinario gastronómico...

Y he aquí, en una cesta desportillada, los residuos de una cena pobre. ¿Residuos? Eso indicaría que hubo sobras; y ¡qué más se quisiera! Un poco de ceniza; dos hojas magulladas de verdura; las espigas de un pescado en escabeche; unas cáscaras de nueces; es cuanto sobró de la mísera refracción de Noche Buena. Sus botellas no faltan en el polvo, pero es el roto envase del azulado vinazo de la taberna... Y asusta ver que las botellas son tres, para un solo día, y que todas se han hecho tiestos... ¿Qué escena habrá presenciado la humilde bohardilla, donde se bebe y no se come á proporción?

* *

Entre estas tres clases sociales, la que cena salmón y *foie gras*, la que permanece fiel al besugo; la que apenas puede saciarse de judías y atún de rueda, hay un sin fin de matices y gradaciones, porque las clases sociales no se encuentran tan destacadas y definidas. Entre la gente del pueblo hay mucha que cena opíparamente, en la Noche clásica. Cada día, por otra parte, puede el pueblo cenar y comer mejor. Los salarios han subido en diez años, hasta casi duplicarse, y los forjadores que no ha mucho comprometieron la prosperidad de Ferrol con una huelga, ganan sesenta duros al mes. Con sesenta duros, un obrero es mucho más rico que un burgués que goza un sueldo de seis mil pesetas, y cuenta que este sueldo figura entre los magnos. Ese burgués, si tiene dos hijas, gasta cuarenta duros en sombreros de velador para ellas, y cien, lo menos, en el resto de la *toilette*. Su mujer no puede ir á la compra: no es decoroso. No puede hacer la cocina: no ha sido educada para

eso. No ha de fregar los suelos: ¿quién tal imagina? Así es que el obrero, cuando llega una noche de fiesta y holgorio, está en situación de permitirse más lujos y de refocilar su panza, mientras el burgués ha de apretarla y escurrirla, para no desdecir de «su clase» en los demás gastos que la sociedad le impone...

* *

Y este es un tremendo problema que acabamos de rozar, de pasada. Los recientes aumentos de sueldos, que se han debatido en el Congreso, lo demuestran. Curas párrocos que cobran quinientas pesetas al año; maestros de escuela con setecientas, (ahora con mil); son infinitamente más proletarios que los albañiles, herreros, carpinteros y pintores. Un carpintero mediano gana cinco pesetas de jornal. Con una blusa y unas alpargatas, listo. Con un cocido y unas sopas de ajo, perfectamente alimentado, pues ambas cosas son sanísimas y, al menos para mí, de excelente sabor, si la mano que las confecciona no yerra el punto. Ninguna exigencia, ninguna concesión al decoro social. Su decoro consiste en la hombría de bien. Si no hubiese por el mundo *cines*, teatruchos, cafés, reuniones políticas que acaban en copeo; si los obreros economizasen, vivirían, (dentro de su esfera, y así debemos vivir todos), bastante holgadamente. Como empleo numerosos operarios en el campo, he podido observar que la plaga del tedio, el ansia de goces (de los goces que están á su alcance) es su peor enemigo. Muchos obreros jóvenes españoles, se parecen exactamente á muchos señoritos españoles también. Se levantan pensando cómo le romperán la crisma á un duro. La diferencia está en que los señoritos se lo piden á sus papás, y el obrero se lo ha ganado la víspera, sudando más ó menos. Claro es que, en estricta moral, tiene doble derecho á gastarlo el que lo ha ganado. Lo único que sucede es que ambos, el que lo gana y el que no lo gana, se encuentran sin él cuando lo tiran, y, además, les queda en el cuerpo, al uno y al otro, el daño del feo hábito adquirido, del exceso cometido, del tiempo derrochado, del dinero que, pudiendo asegurar algo la dicha, ó la tranquilidad por lo menos, va á aumentar el peculio del tabernero y del amo de la casa de mal vivir...

* *

Quizás parezcan ociosas estas disquisiciones; pero realmente, hoy que se le pregunta al rico, con insistencia, qué hace de su capital, no veo por qué no sea tan conveniente á la sociedad que se pregunte al trabajador cómo invierte el fruto de su trabajo. Acaso lo segundo sea más interesante que lo primero. La riqueza es la excepción; las clases laboriosas son la inmensa mayoría. Si se establece que cada cual es dueño de disponer, como le plazca, de su hacienda poca ó mucha, entonces no hay discusión, y el que compra un perrito que vale doce mil francos y le planta un collar de treinta mil, es tan libre (moralmente hablando, aquí no se trata de las leyes), como el albañil que en vez de entregar la semana á su mujer para que las criaturas coman y anden abrigadas, va á dejar su jornal en el «establecimiento» ó en el tupi. Sin género de duda, el hecho del albañil es doblemente perjudicial para los seres humanos á quienes debe mayores respetos y más eficaz cariño y protección. Un millonario que adorna y enoja á su can, no deja por eso sin sustento á su familia.

Todo esto me lo ha sugerido el episodio de los sueldos aumentados. Por poco que sea ese aumento representa la cena de Navidad; una cena más gozosa, sazónada con la esperanza y el respiro en medio de los ahogos cotidianos. En cambio, las dietas de los diputados no han prevalecido. A la verdad, parecía algo de gollería, y perdónenme los padres de la patria. Hay puñaladas por un distrito; ¿qué no habrá, el día en que se añada ese confite al servicio, ya tan sabroso? En cambio—puesto que de confitería se trata,—parece que les han quitado los caramelitos. Este castigo ó supresión no afligirá á los diputados: la pena la pagan las señoras que asisten á las tribunas, asaz incómodas. Si tenían por abajo amigos, á poco de haberse sentado y trocar el saludo y la sonrisa, empezaban á llover cartuchitos, que los ujieres presentaban en una bandeja murmurando en tono respetuoso:

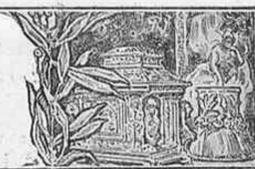
—De parte del señor Presidente... De parte del Sr. X ó el Sr. B...

Ahora, en cambio, les van á dar de almorzar á catrice reales, con la diferencia de los caramelos por subvención. Es un arreglo doméstico, en perjuicio de la galantería, y ya veremos si en ventaja del estómago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



BÉCQUER Y LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO



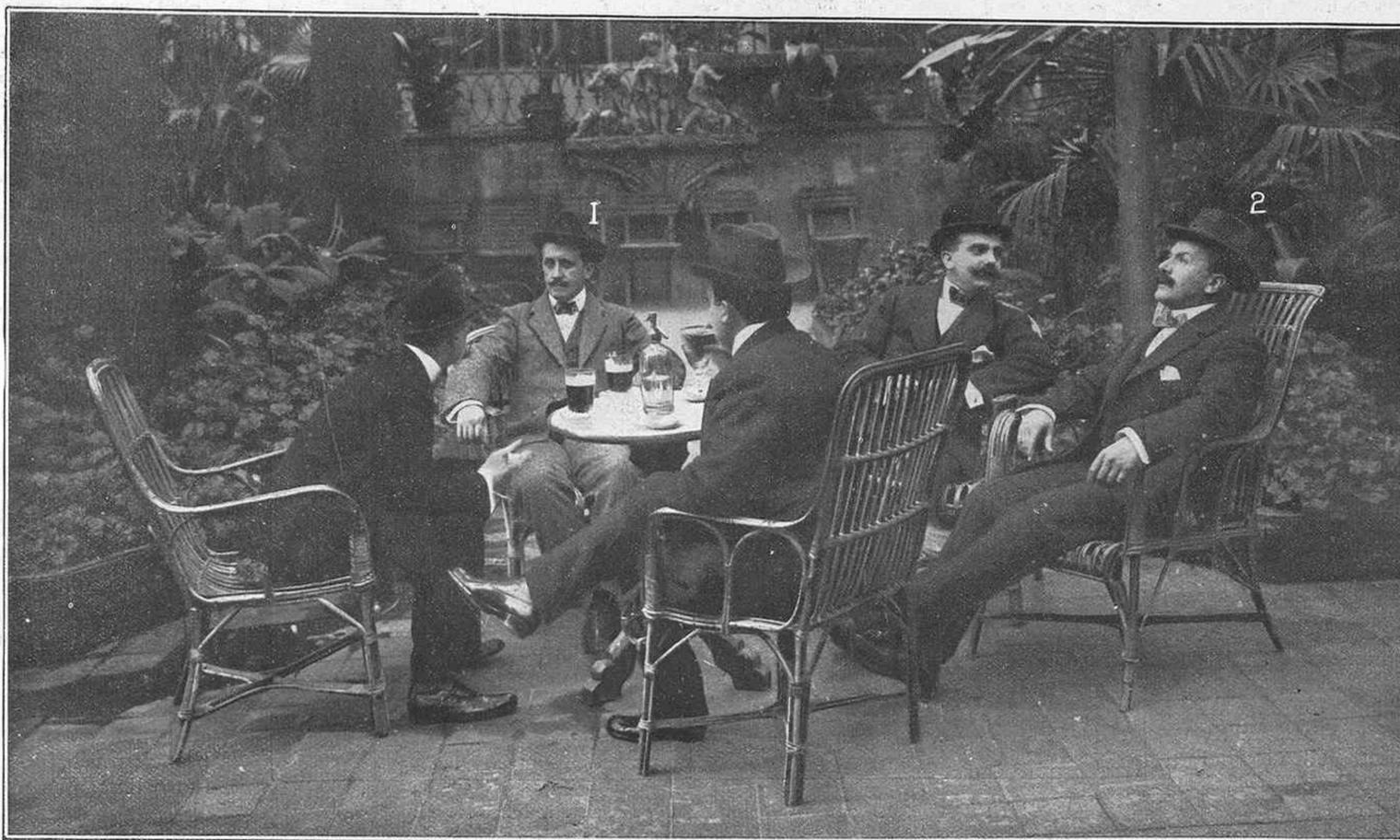
La generación contemporánea del poeta Gustavo Adolfo Bécquer erigió al admirable vate un monumento literario, publicando, en 1871, la edición completa de sus obras. Fué un pintor, el insigne Casado, quien tuvo la feliz iniciativa de abrir una lista de subscripción para salvar del olvido las obras portentosas del poeta inéditas ó diseminadas en revistas y periódicos.

Si un artista, Casado, dedicó á Bécquer un monu-

alma de mujer española, sedienta de casto amor en la estepa de la vida, es una chispa becqueriana que, al encender la inspiración de los hermanos Alvarez Quintero, fundió en un crisol latino el metal purísimo de la idealidad amorosa en la legión de vírgenes ibéricas, heroínas del amor que tienen por prototipos, en lo místico, á Teresa de Jesús, la virgen de Avila y, en lo humano, á la que, en Teruel, murió de mal de amor cuando murió el amado.

de los mismos amores la premiasteis con vuestros aplausos?

»Tanto amor dentro de *La rima eterna* y tanto amor en torno de ella son la fuerza que la ha llevado á conquistar tantas voluntades... Y como eternamente se disputan el imperio del mundo el amor y el odio nosotros nos congratulamos, allá en lo íntimo de nuestro corazón, cada vez que de nuestras manos cae una semilla de amor en la tierra y arraiga y fruc-



Los hermanos Joaquín (1) y Serafín (2) Alvarez Quintero en el jardín del Ateneo Barcelonés durante su reciente estancia en Barcelona, adonde vinieron con motivo del estreno de «La rima eterna»

mento literario, unos poetas, los hermanos Alvarez Quintero han querido elevar á Bécquer un monumento artístico. Es ley de justicia que los poetas y los artistas se junten y aúnen para glorificar al ingenio español en quien las artes se han fundido de tal suerte que es difícil inquirir si en sus escritos hay más arte que poesía. En toda la obra becqueriana hay tal armonía entre la idea y la forma, entre el color y el dibujo, en el conjunto y el detalle, la melodía y el ritmo que, sin exageración, puede decirse de Bécquer que fué músico insigne, porque son música sus rimas; fué gran pintor porque son rebosantes de color sus narraciones y siempre gran poeta; soñador romántico en las narraciones y leyendas del pasado, idealmente realista en la palpación dolorosa de las rimas, cuyos ictus son latidos de la sangre y estremecimientos de músculos y nervios.

Ha sido siempre Bécquer (y lo será mientras viva el habla castellana) el poeta favorito de los que son ó se sienten jóvenes. Su obra poética es de imaginación y de ensueño, idealidad de gloria, ansias de amor, anhelo de bien, deseo de belleza, inquietud para el porvenir, honda nostalgia del glorioso pasado; pero todas esas sublimes emociones y sentimientos, que hacen vibrar el espíritu del artista, se hallan en extracto, quintesenciadas, en las breves estrofas que los encierran sin aprisionarlos. Una sola estrofa, un solo verso de Bécquer tiene una intensidad tal de emoción, de sentimiento, de divina poesía, que, ampliada, resulta una obra de arte grandiosa y magnífica.

Así la obra de Bécquer es sugestiva y viviente. Un artista piensa en lo *solos que quedan los muertos* y un cuadro de honda filosofía surge del pincel; dos poetas de aquella inmortal escuela sevillana al recordar un final de estrofa «Es el amor que pasa,» enfocan esa idea á la luz de su genio y brota una de las obras más tiernas y fuertes de la poesía dramática española que vieron siglos. *El amor que pasa*, ese poema melancólico de añoranza de amores, ese latido de

Es evidente la admiración que sienten los hermanos Alvarez Quintero por Bécquer, su poeta favorito. Al escribir *El amor que pasa* testimoniaron su devoción por el gran lírico; en *Amores y amorfos* le recuerdan nuevamente; pero pareciéndoles esto poco para su noble idolatría, han escrito *La rima eterna* obra toda ella dedicada á Bécquer, en forma y en fondo, en alma y cuerpo. *La rima eterna* es una glosa de los sentimientos, de las ideas, de los personajes, de las situaciones y del ambiente de la obra de Bécquer. Uno de los personajes, *La Ensoñadora* es el símbolo de la juventud idealista, la que ama la poesía por encima de todo, la que vive fuera de la realidad, con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo. Esa juventud española, representada en *La rima eterna* por una rapaza joven y hermosa que se atavía con flores campestres, es el símbolo de la musa popular, la que con los cantares fué, para Bécquer, la fuente cristalina de inspiración eterna; es la que concede sus favores á los hermanos Alvarez Quintero. Nunca es tan grande Bécquer en sus rimas como cuando en ellas compite con el poeta Juan del pueblo; nunca son tan aplaudidos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, ni con mayor justicia, como cuando en brazos de la poesía popular andaluza, se dejan llevar de las gallardías, donaires y gentilezas del alma popular española, riquísima y compleja cual ninguna.

Los hermanos Alvarez Quintero al despedirse del público barcelonés leyeron unas cuartillas en las cuales expresan elocuentemente la génesis de su última obra *La rima eterna* y el por qué de su éxito. Dicen así los poetas, dirigiéndose al público barcelonés y, por ende, al público de España:

«Habéis aplaudido con amor una comedia por amor escrita y en cuyas escenas no hay sino ecos y latidos de amor.

»Es amor á un poeta, amor á la cultura de nuestro pueblo, amor á la vida ideal de donde nace la única brisa que templó la frente en el trabajo, lo que nos alentó á escribirla. ¿Quién duda que por estímulo

tífica. El odio también es fecundo, pero sus hijos son como los del vicio, tristes y deformes.

»Al soplo del odio crecen también flores en la tierra; pero el rocío de esas flores tiene color de sangre humana. El odio separa y divide, el amor llama y une. El odio muerde; el amor besa. Lo que se conquista por amor siempre será conquista firme y segura y dichosa; lo que se conquiste por el odio jamás estará conquistado.

»Hoy nuestra Ensoñadora ha cogido una brazada de flores de vuestros campos y de vuestros jardines para juntarlas á las que ya cogió en otras tierras españolas y á las que acaso ha de coger muy pronto en su venturoso camino. Y paso á paso, con la fe y el aliento que le da su amor al poeta, llegará al fin al pie del monumento que para su gloria ha de levantarse en Sevilla y deshaciéndose de la preciosa carga, podrá decir cariñosamente:

«—Poeta del amor, España entera tiene estas flores para ti.»

Y realmente el pueblo español acudiendo al noble llamamiento de los poetas Alvarez Quintero premiará con aplauso entusiasta la bellísima loa escrita en honor del poeta de las golondrinas y contemplaremos, admirados y gozosos, un espectáculo quizás nunca visto; veremos cómo por su solo esfuerzo, con los productos de *La rima eterna* (después del monumento poético ya dedicado á Bécquer con tan primorosa obra) levantarán el monumento de arte ofrecido á Sevilla en mármoles y bronce; porque el pueblo es zahorí y adivinando la delicadeza de los poetas ha visto que Serafín y Joaquín Alvarez Quintero pudiendo haber costado el monumento de su peculio (como lo hubieran hecho si el éxito de *La rima eterna* no hubiera sido grande) han querido que el público español, su público, aquel que les inspira, anima y aplaude, se asociara con ellos para el bello gesto de glorificar en la nativa tierra á uno de los más grandes poetas líricos españoles.

J. FABRÉ Y OLIVER.

CARLOS VAN DER STAPPEN

A la edad de sesenta y siete años ha fallecido recientemente en Bruselas uno de los escultores belgas más justamente renombrados, Carlos van der Stappen, que en 1898 había sucedido al famoso pintor Juan Portaels en la dirección de la Real Academia de Bellas Artes de Bélgica.

La patria de Julián Dillens, de Jef Lombeaux y de Constantino Meunier ha tenido quizás escultores más vigorosos ó más innovadores que van der Stappen, pero no ha tenido ninguno tan fecundo como él. Puede afirmarse que no hay en Bruselas, sin hablar de otras ciudades, plaza pública que no ostente alguna obra, en mármol ó en bronce, de este infatigable artista: su arte, ante todo decorativo y especialmente adecuado al aire libre, contribuyó á la decoración de la estación del Mediodía, del teatro de la Alhambra, de la Academia de Bellas Artes, del Conservatorio, del palacio del conde de Flandes, de la escalera de honor de la Casa Consistorial, de la plazoleta de la avenida Luisa, en donde se retuerce su sombrío y emocionante grupo de luchadores inspirado en las *Omparailles* de León Cladel. De él son la estatua que figura la provincia de Brabante y que forma parte del monumento erigido en Laeken á la memoria de Leopoldo I; el monumento levantado en Schaerbeck al pintor Verroe; los monumentos dedicados por sus respectivas ciudades natales á Luis Dubois, á Artán y á Alejandro Gaudibien, uno de los fundadores de la independencia nacional, y otros muchos, entre ellos los del Trabajo, el de la *Bondad Infinita*, en el que se refleja si no la trágica exaltación del trabajo manual que caracteriza las obras de Constantino Meunier, por lo menos un ideal optimista é idílico á lo Rousseau.

El museo de Bruselas tiene de él un *Hombre de la espada*, mármol de elegante factura; el de Tervueren una bellísima *Esfinge misteriosa*; el de Amberes una imponente estatua de David. Sería preciso hacer un verdadero catálogo para enumerar los retratos ó los asuntos alegóricos debidos á su cincel infatigable, por lo que nos limitaremos á citar los bustos de la señorita Berardi y de Edmundo Picard, el bronce que representa la leyenda de Orfeo, la estatuita de plata que simboliza el valor militar y que formaba parte de las colecciones de Leopoldo II, etc.

Adversario de las formas neogriegas, sus tendencias eran principal y deliberadamente hacia la escuela del Renacimiento italiano, y algo de la gracia y del encanto de los florentinos impregnaba siempre su obra, sin simpatía por el realismo.

En la Academia de Bellas Artes, en donde ha formado una escuela de escultores de mérito, entre los que pueden citarse Pablo Dubois, Víctor Rous-

«que demasiado á menudo, por desgracia, es sólo el arte del ojo y de la mano.»

El descubrimiento, por decirlo así, de los talentos de Carlos van der Stappen débese al antes citado Juan Portaels, que fué también quien le facilitó los medios para que residiese una larga temporada en Italia.

La muerte sorprendió á van der Stappen cuando estaba terminando el monumento al Trabajo que le había encomendado la ciudad de Brabante, obra colosal en la que venía trabajando desde hacía algunos años.

PAOLO Y FRANCISCA
DE RÍMINI

Francisca de Rímini, que vivió en el siglo XIII, era mujer de rara hermosura y corazón ardiente. Su padre, Guido de Polenta, señor de Rávena, casóla con Lanciotto, hijo de Malatesta, señor de Rímini, caballero noble y generoso, pero disforme. Paolo, hermano de Lanciotto, era, en cambio, un bello doncel y Francisca no tardó en abandonar por él á su marido, quien, habiéndoles sorprendido en amoroso coloquio, mató á los dos con su espada.

Los amores de Paolo y Francisca han sido inmortalizados por Dante en el canto quinto de *El Infierno* de su *Divina Comedia*. El poeta, acompañado de la sombra de Virgilio, penetra en el segundo círculo en donde están expuestas al suplicio las almas perdidas por el amor, y ante sus ojos desfilan Semíramis, Dido, Cleopatra, Elena, Aquiles, Paris y Tristán. En el torbellino distingue el poeta dos sombras estrechamente enlazadas; son las de Francisca y Paolo que, á su afectuoso llamamiento, se acercan á él. Entonces Francisca empieza á relatar su lamentable historia:

«Yace la tierra en que vi la luz sobre el golfo donde el Po desemboca en el mar para descansar de su

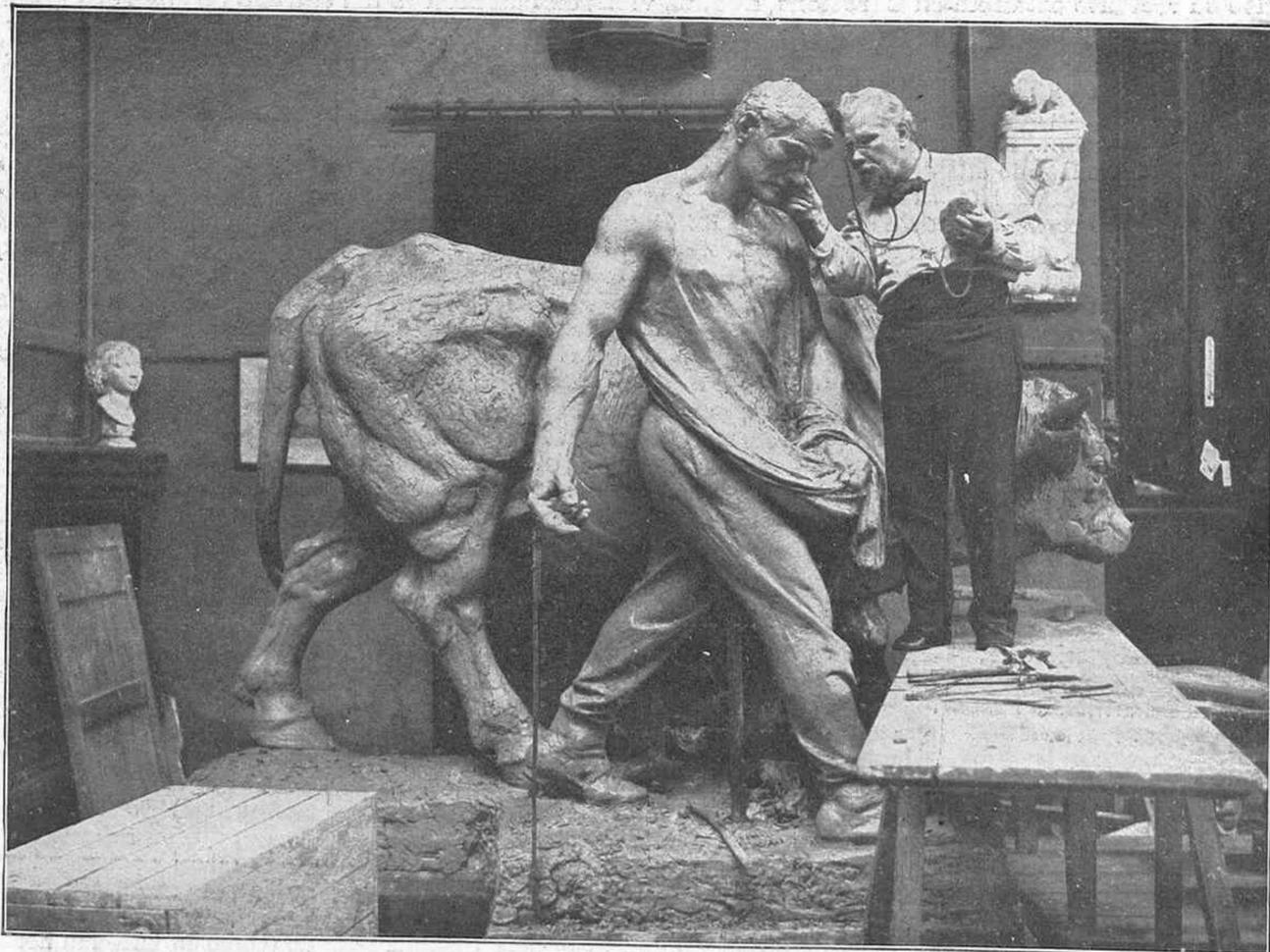
largo curso con los ríos que le acompañan. Amor, que se entra de pronto en los corazones sensibles, infundió en éste el de la belleza que me fué arrebatada, arrebatada de un modo que todavía me está dañando. Amor, que no exime de amar á ninguno que es amado, tan íntimamente me unió al afecto de éste, que, como ves, no me ha abandonado aún. Amor nos condujo á una misma muerte y Caín aguarda al que nos quitó la vida.»

«Francisca-dicele el poeta,—tus tormentos me arrancan lágrimas de tristeza y de compasión. Mas dime: cuando tan dulcemente suspirabais, ¿con qué indicios, de qué modo os concedió el amor que os persuadirais de vuestros deseos todavía ocultos?» Y ella le explica cómo se ama-

ron en los términos que al pie de la lámina de la siguiente página reproducimos.—P.



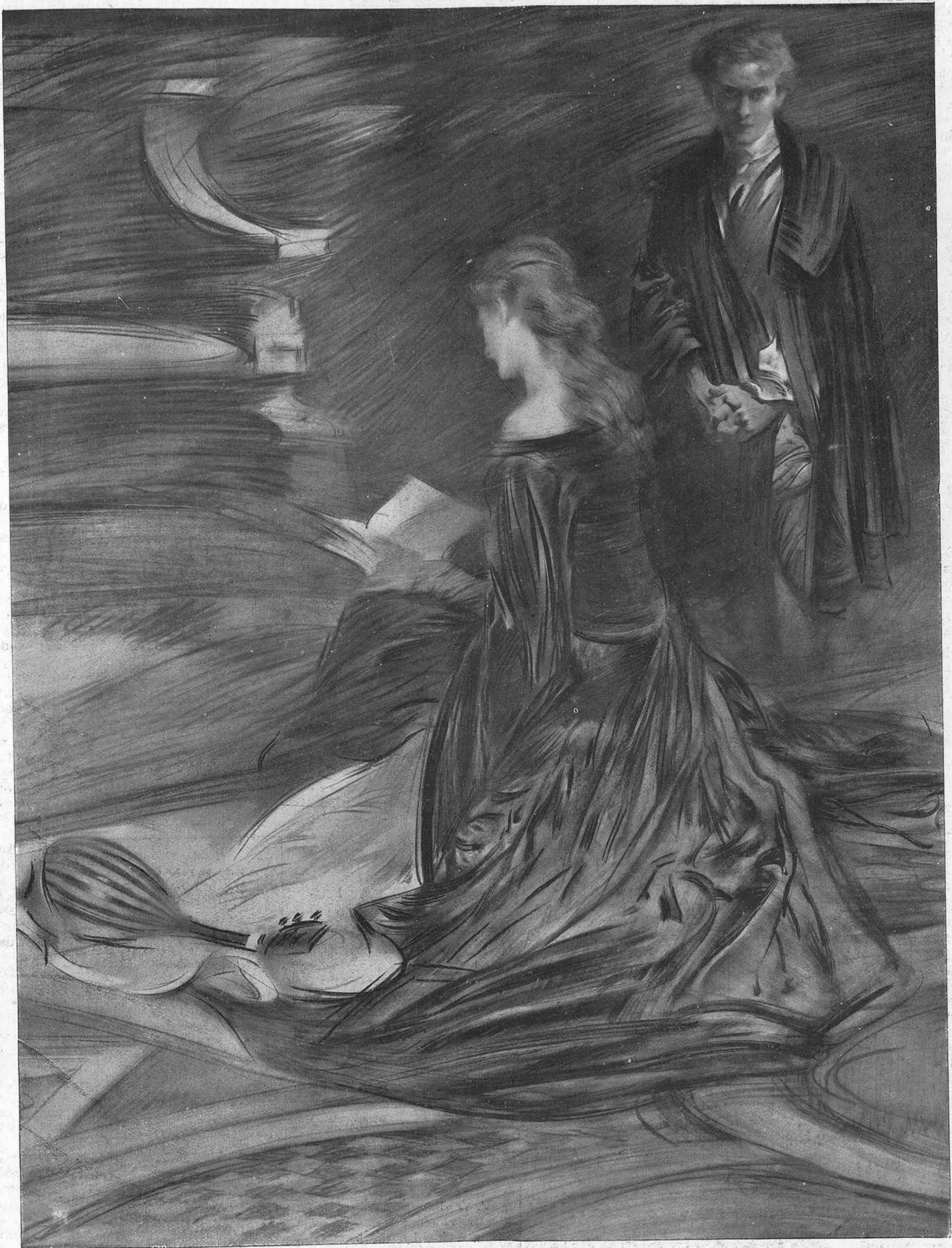
El aprendiz, cuadro del pintor norteamericano Frank Duvenek



El célebre escultor belga Carlos van der Stappen, recientemente fallecido en Bruselas, trabajando en su última obra, el monumento al Trabajo, que le encargó la provincia de Brabante

nal y predicaba con sonriente dulzura la intervención de la inteligencia y del sentimiento en un arte

que se ejercía de un modo verdaderamente paterno



FRANCESCA LEYENDO Á PAOLO LA HISTORIA DE LANZAROTE, dibujo de C. C. Wilmhurst

«Leíamos un día en la historia de Lanzarote cómo le aprisionó el Amor. Estábamos solos y sin recelo alguno. Más de una vez sucedió en aquella lectura que nuestros ojos se buscasen con afán y que se inmutara el color de nuestros semblantes; pero un solo punto dió en tierra con nuestro recato. Al leer cómo el gentilísimo amante apagó con ardiente beso una sonriosa

iniciativa, éste, que jamás se separará de mí, trémulo de pasión, me imprimió otro en la boca. Galeoto fué para nosotros el libro, como era quien lo escribió. Aquel día ya no leímos más.»

(LA DIVINA COMEDIA, de Dante Alighieri. *El Infierno*, canto quinto.)

ROMA.—EXPOSICIÓN DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

En el número último dimos cuenta de la inauguración de la exposición actual de las obras de los artistas pensionados en la Academia Española de Roma y reproducimos algunas de las esculturas y de los cuadros que en ella figuran.

Ampliando lo que entonces dijimos y como comentario de los grabados que van en esta página, parécenos oportuno traducir el artículo que á la exposición dedica un periódico tan importante como *L'Illus-*

Roma, y sin embargo Benlliure no me decía acerca de ello ni una sola palabra.

»—Este año—decíame—he estado, como en los

ble de la exposición; la figura del héroe tan amado de Virgilio, está modelada, especialmente en el dorso, con singular pericia; todo el hermoso cuerpo es vigoroso y armónicamente fuerte y la fuerza, expresada con rara evidencia, no es brutal. Huerta, que expone además bellos bustos en barro, es ya un escultor.

»De José Capuz, más que el gran bajo-relieve en bronce *Las Ménades*, me gusta el grupo en yeso *Deucalión y Pirro*, en el



Busto retrato de A. L., escultura de Moisés de la Huerta



Torso, estudio de Moisés de la Huerta



Retrato del pintor Labrada, escultura de Moisés de la Huerta

trazione Italiana, y que titula así: «En el Janículo. La exhibición de la Academia Española.»

«Aquella terraza de la Colina Janiculense adonde va todo el mundo para contemplar desde allí el panorama de Roma y que, entre mil escritores, Matilde Serao ha sido quizás el único que ha sabido describir en un libro casi olvidado, estaba el otro día llena de automóviles y de carruajes. No ha sido creada para esto aquella colina, ni es de aquel modo como desde ella ha de verse Roma... Pero Roma estaba medio oculta por bajas nubes blancas que venían de los montes Albanos y por una tenue niebla que se desprendía del Tiber.

»No obstante esto, por el alto ventanal del estudio de Benlliure entraban oleadas de luz, aunque un tanto grisácea. ¡Qué estudio tan hermoso tiene este director de la Academia Española, este artista tan impecable, tan sincero y tan modesto!

»El rey y la reina habían dedicado, media hora

anteriores, cuatro ó cinco meses en Valencia, en mi provincia; necesito fortificar periódicamente allí mi inteligencia y mi paleta, refrescar en mi patria mis impresiones, volver á ver aquellas luces y aquellas costumbres. Y he traído de allí estos interiores de viejas casas tan llenas de vieja poesía, esas casas que lo mismo en Italia que en España van desapareciendo.

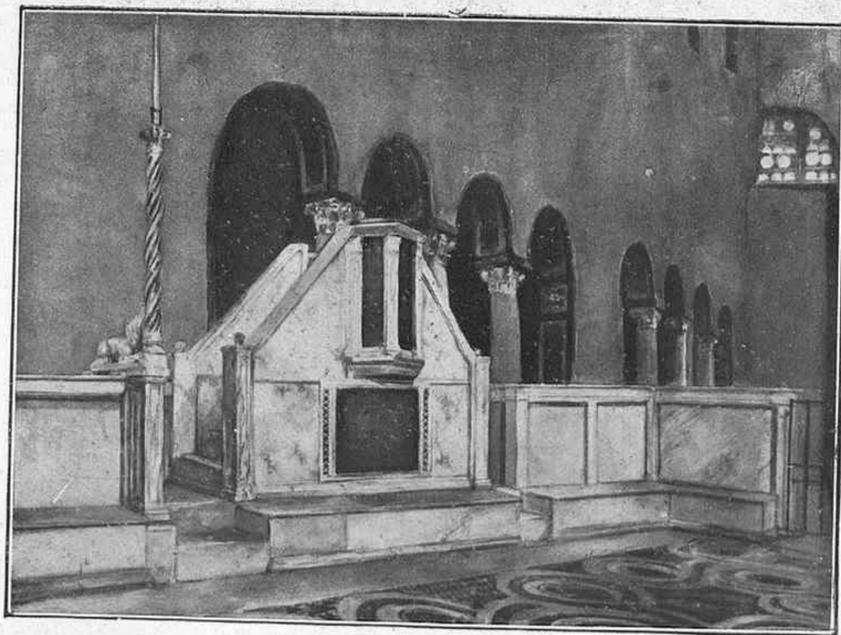
»Estos interiores, sea dicho entre paréntesis, son una maravilla de carácter, de sobriedad, de armonía, con sus cómodas antiguas, sus azulejos descoloridos por la acción del tiempo, y sus habitantes, tipos humanos de noble franqueza... Pero he prometido no hablar de los cua-

cual es evidente y laudable el estudio que el autor ha hecho de Miguel Angel.

»José Nogué expone una serie de cuadros tan variados como dignos de alabanza.

»Fernando Labrada, un artista joven que cuenta poco más de veinte años, demuestra poseer no sólo aptitudes muy especiales de decorador, sino también un sentimiento poético de la campiña romana.

»Teodoro Anasagasti, dotado de sentimiento y de alma de artista, ha estudiado y reproducido, en sus



Ambón de Santa María in Cosmedin de Roma, acuarela del arquitecto Teodoro Anasagasti. (Detalle del envío del primer año.)



Fray Benedetto, obra de Leandro Oroz, pensionado de grabado del primer año.

dros de Benlliure porque el maestro me ha hecho un singularísimo favor enseñándome; y como veis, nada digo de ellos.

»La exposición de las obras de los pensionados no es muy numerosa, pero

de gran tamaño, *Niso*, en mi concepto lo más nota-



Retratos de las señoritas Pasquinelli, pintados por José Nogué, pensionado de tercer año de paisaje

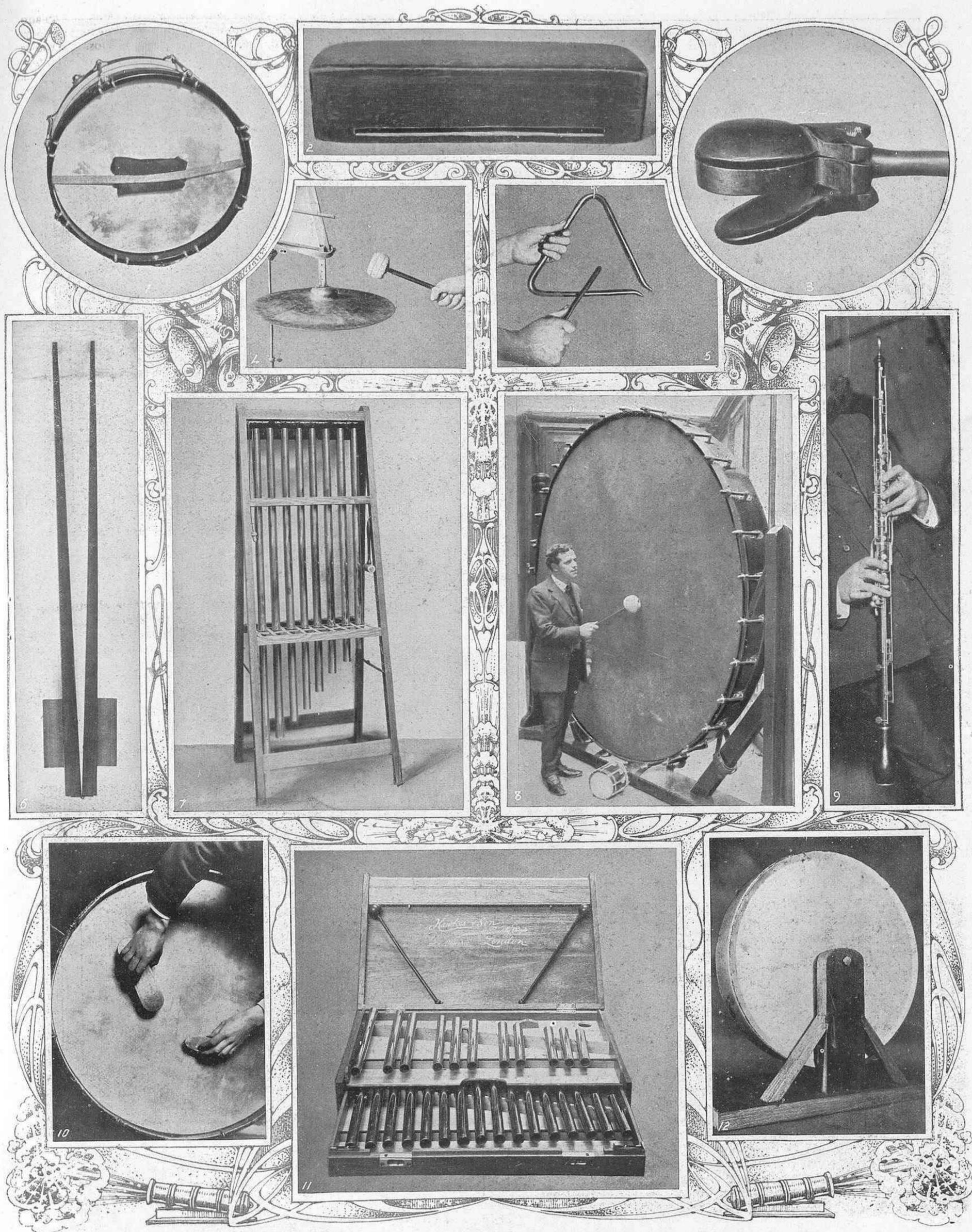
detalles y en el conjunto, la iglesia de Santa María en Cosmedin.

»Leandro Oroz tiene en la exposición obras de grabado y de pintura, pero es pintor, y pintor vigoroso, hasta cuando graba.»

Después de reproducir este juicio del crítico italiano sólo hemos de añadir por nuestra parte que felicitamos sinceramente á los pensionados españoles y al director de la Academia, el ilustre Benlliure. F.

antes, como yo sabía, grandes alabanzas á los cuadros que está terminando con destino á la Exposición de

sí interesante. Moisés de la Huerta exhibe una estatua



1. Tambor forrado, para producir tonos fúnebres. - 2. Tambor chino de madera, para imitar el galope de los caballos. - 3. Castañuelas, para acompañar la música española. - 4. Címbalo usado en combinación con el redoble de un tambor para hacer más viva la imitación del trueno. - 5. El triángulo, con el tono apagado por la mano del que lo toca, para producir el sonido de un yunque. - 6. Látigo. Aparato para imitar el sonido del restallar de una tralla. - 7. Carrillón para imitar el repique de las campanas de las iglesias. - 8. «Tambor de combate,» denominado también *Dreadnought* (*Temenada*), para producir el estampido del cañón. - 9. El *hequifono*, instrumento intermedio entre la trompa inglesa y el bajón. - 10. Rascando el parche de un bombo con cepillos de ásperas cerdas se imita el escape de vapor. - 11. El tabifono, para imitar las campanillas. - 12. El hidrofono, en cuyo interior hay chinitas que al girar el aparato imitan el ruido de la lluvia.



LA BAILAORA, cuadro de A. Larraga. (Salón Parés.)



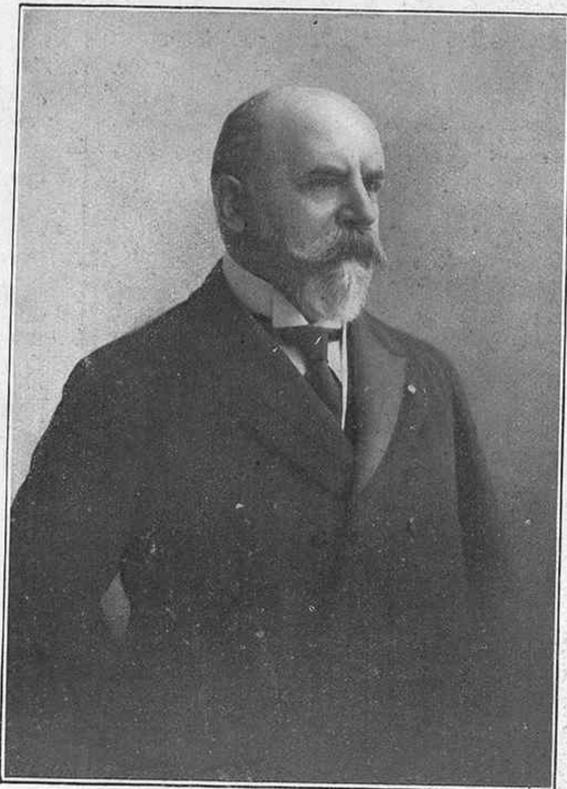
LA CANTAORA, cuadro de A. Larraga. (Salón Parés.)

CENTENARIO ARGENTINO

LOS PABELLONES DE ESPAÑA

El día 26 del pasado octubre, y á pesar del mal tiempo, se verificó la apertura oficial de los Pabellones de España situados en la aristocrática Avenida Alvear (1).

A las tres y media de la tarde, el presidente de la Nación, Dr. Sáenz Peña, acompañado de los ministros de Agricultura y de Relaciones Exteriores, franqueó el elegante pórtico á los acordes de la Marcha de Ituzaingó. La Cámara de Comercio, presidida por el infatigable Sr. Artal, y nuestra representación



D. José Artal, presidente de la Cámara de Comercio española en Buenos Aires, á cuyas iniciativas y esfuerzos se deben en gran parte la instalación y el éxito de los Pabellones de España recientemente inaugurados en la Exposición del Centenario Argentino.

diplomática, recibieron al primer magistrado de la República y le acompañaron durante su rápida visita á los amplios Pabellones. En el vestíbulo de honor hizo alto la comitiva, dejándose oír entonces los acordes de la Marcha Real española.

El Sr. Artal, en un bien pensado discurso, interrumpido varias veces por los aplausos de la concurrencia, hizo notar la brillante colaboración de España en las fiestas centenarias; ayer, mandando para que representara á la madre patria á una



El actor italiano Ferruccio Benini en una de sus comedias predilectas, cuadro de Cambón Glauco. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1910.)

princesa de sangre real, ahora exhibiendo en pabellones artísticamente contruídos, algo de lo mucho que España produce; tuvo felices frases para enaltecer la labor peninsular en todas las esferas de la actividad humana, y un recuerdo oportuno para el creador artístico de los Pabellones de España, el joven arquitecto argentino D. Julián García Núñez.

(1) El plano y las vistas de los Pabellones de España los publicamos en el núm. 1474 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Al discurso del Sr. Artal y al de nuestro ministro Sr. vizconde de la Fuente, contestó el Dr. Sáenz Peña poniendo de relieve los vínculos que unen á argentinos y españoles y felicitando á los organizadores de tan simpático Certamen.

España ha dejado bien sentado su pabellón, al ofrecer á los argentinos la ocasión de apreciar su vitalidad. La Cámara de Comercio, compuesta de los Sres. Artal, Puellas, Romero, López, Martí, Durán, Isern, Arduza, Olaso, Medina y Mercado, ha demostrado una vez más que la buena voluntad vence imposibles; lo que en un principio se creyó irrealizable, es hoy una realidad: el magno proyecto del joven arquitecto, proyecto genial, atrevido, si patentiza su talento, demuestra á la par que el arte puede mucho cuando tras él aparece la imagen augusta de la patria. Núñez, argentino, quiere con delirio á España; en cuanto á Artal, hartos sabemos todos que oficia de continuo ante su altar con fervorosa devoción.

Ante los Pabellones de España el alma se siente conmovida; en aquellas artísticas instalaciones, en aquellos manufacturados, en aquellos productos naturales del suelo querido, están el brazo, el cerebro, el corazón de España, que mostramos á los argentinos para que puedan apreciar la robustez de uno, la potencia de otro y la grandiosidad del último; y si es cierto que lo que penetra en nuestro espíritu por los ojos en él se graba con más fuerza cómo no hemos de aplaudir que, merced á tan colosal esfuerzo, puedan apreciar hoy los argentinos la fuerza productiva y creadora de España?

Interin nueva visita nos permita detallar algo de lo mucho que hay en este Certamen digno de mención, vaya nuestro aplauso franco y sonoro al arquitecto García, á la Cámara Española de Comercio y á su simpático presidente D. José Artal.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, noviembre de 1910.

Espectáculos. - BARCELONA. - Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Jordi Heichler*, balada en cuatro jornadas de A. Muntañola. En el «Palau de la Música Catalana» han dado dos conciertos los notables artistas Harold Bauer (piano) y A. Fernández (violín) quienes tocaron con verdadera maestría, en el primero la *Sonata en fa*, op. 24, de Beethoven; la *Fantasia*, op. 17, de Schumann; el *Andantino*, de Martini; *La preciosa*, de Couperin; *Variaciones sobre un tema de Corelli*, de Tartini; y la *Sonata en la*, de César Franck; y en el segundo, la *Sonata en la bemol*, de Mozart; la *Sonata en fa*, de Beethoven; *Introducción y rondó caprichoso*, de Saint-Saens; *Preludio, fuga y variaciones*, de César Franck Bauer; *Barcarola y Scherzo en do sostenido menor*, de Chopin; *Sonata en re menor* de Brahms y *El Puerto*, de la serie *Iberia* de Albéniz. Ambos artistas obtuvieron grandes ovaciones.

MADRID. - Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *La partida de la porra*, sainete lírico en un acto, letra de los señores Paso y Abati, música del maestro Lleó, y en la Princesa *En Flandes se ha puesto el sol*, drama en cuatro actos y en verso de Eduardo Marquina. El estreno de esta última obra constituye un verdadero acontecimiento literario, habiendo sido aplaudido con entusiasmo el Sr. Marquina y con él todos los intérpretes del drama, entre los cuales sobresalieron la señora Guerrero y la señorita Blanco y los Sres. Díaz de Mendoza y Thuillier. La presentación escénica de *En Flandes se ha puesto el sol* ha sido inmejorable por el lujo y la propiedad del decorado, de los trajes y de los accesorios, lo que no es de

nimidad á Marcos Ruchet presidente de la Confederación suiza para 1911.

El Sr. Ruchet nació en 14 de septiembre de 1853 en Saint-Saphorin, á orillas del Lemán, siguió en Lausanne los estudios clásicos y cursó la carrera de derecho en Heidelberg. De regre-



M. Marco Ruchet,

elegido presidente de la Confederación Suiza para el año 1911

so en su patria, fué dos años pasante del famoso abogado Luis Ruchonnet, uno de los más ilustres hombres de Estado de la Suiza moderna; tomó luego el título de abogado y se asoció con Ruchonnet, cuyo despacho conservó cuando éste hubo de trasladarse á Berna.

Desde aquel momento, el Sr. Ruchet interesóse en la cosa pública, siendo nombrado diputado en el Gran Consejo del que fué presidente en 1887. Siete años después entraba en el Consejo de Estado del cantón de Vaud, confiándosele el departamento de la Instrucción pública. En el desempeño de tan importante puesto desplegó fecunda actividad dedicando especial atención á las escuelas infantiles y á las pensiones de retiro para los maestros y siendo el autor de una ley sobre conservación de los monumentos históricos que ha servido de modelo á otras análogas promulgadas posteriormente en otros cantones y en el extranjero.

En diciembre de 1899 entró á formar parte del Consejo federal en el que estuvo encargado primero del departamento del Interior y en 1904 del de Hacienda.

En 1905 fué nombrado presidente de la Confederación suiza, elevado puesto para el que ha sido de nuevo elegido ahora.

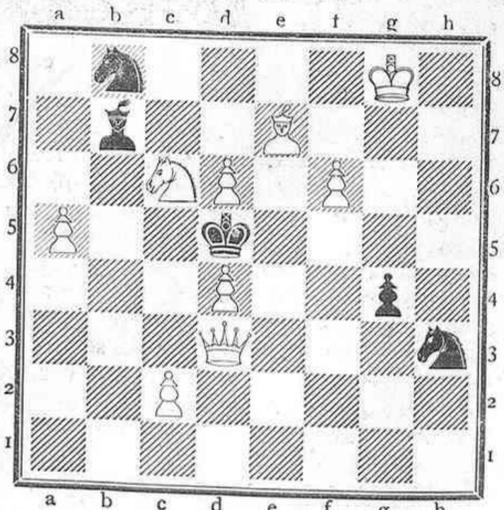
Como jefe del departamento del interior, el Sr. Ruchet colaboró en muchas obras legislativas de grandísima importancia, entre ellas la ley pendiente desde hacía veinte años, sobre subvención á la escuela primaria, la de la policía de los bosques y la que recientemente se ha puesto en vigor sobre policía de las substancias alimenticias.

Finalmente en estos últimos tiempos se ha ocupado de una nueva legislación sobre las fuerzas hidráulicas y sobre la circulación de los automóviles.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 559, POR L. VETISNIK

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 558, POR V. MARÍN

Blancas
1. T d3-e3
2. A, T ó D mate.

Negras
1. Cualquiera.

MARCOS RUCHET

El día 15 de este mes, el Consejo Nacional y el Consejo de los Estados, reunidos en asamblea federal, eligieron por una-

extrañar tratándose de la compañía á cuyo rente están María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

LA MADRE PATRIA (I)

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONCLUSIÓN)

Dos meses más tarde, después de haber atravesado Ottawa, Quebec y Montreal, después de haber estudiado sobre el terreno la persistencia tenaz, la innegable supervivencia del genio de la raza, Santiago Duret recordó la invitación de Griffeld-Bricogne y buscó su hacienda á lo largo del litoral, llegando á ella una mañana de julio.

Ahora había caminos en todas direcciones; el bosque había cedido puesto á campos de cultivo; mas no por estar menos próximo dejaba de conservar su masa formidable, sus profundidades sagradas.

A uno y otro lado del camino se extendían inmensas huertas, inmensos verjeles; y los árboles frutales de la vieja Europa, plantados con profusión en una tierra fértil, producían la ilusión de un campo de Normandía.

Prados herbosos, por los cuales pastaban bueyes blancos, vacas gordas y carneros de lana espesa, se dilataban hacia el mar. En la primavera, se abría el dique; y la sábana de agua se extendía sobre el suelo reconquistado. Así inundado y salado, se hacía más fértil; y la hierba, verde y jugosa, crecía espesísima.

Los campos de trigo, de alforfón y de avena, prodigaban manchas de oro, de carmín y de esmeralda pálida, al pie de la colina que las viñas escalaban.

En el mar, dentro de la bahía, buques anclados esperaban las cargas resinosas de los grandes árboles cortados; los pescadores tendían sus velas ó levantaban redes.

En tanto que, esparcidos por la campiña, los trabajadores agrícolas cuidaban la tierra amiga, las cuadrillas de leñadores se internaban en el bosque; y los sordos golpes de las hachas resonaban en el fondo de los pinares.

Un inmenso reposo, una serenidad solemne se cernían sobre aquel paisaje bíblico, y doquiera se volviesen los ojos, el horizonte—selva, llanura, colina, erial, playa ó mar,—ofrecía, en la luz difusa de aquella mañana de estío, el magnífico espectáculo de una naturaleza todavía imponente y soberbia en su sumisión al hombre tenaz.

El francés lo admiró y dijo para sus adentros:

—¡Qué bien se vive aquí!

Su carruaje siguió luego un umbroso paseo de árboles, subió una cuesta, y se encontró delante de la patriarcal morada que conservaba cuidadosamente su gran nombre histórico de «Closed-House.»

Quedóse admirado ante el aspecto, tranquilo y terrible á la vez de aquella vieja casa. Su alma de historiador se estremeció de alegría delante de aquella antigüedad viviente, testigo de edades pasadas.

Pero, en el umbral, apareció Eitel, que le salió al

encuentro con las manos tendidas. Luego, el acadiano guió á su huésped, introduciéndole en aquella sala tan llena de recuerdos.

Después de llegar á este punto Eitel Griffeld-Bricogne continuó:

—Mi memoria es precisa. De aquellas luchas espantosas, he conservado el recuerdo vivo. Todavía estoy viendo claramente el suicidio de mi padre; todavía oigo los gritos de horror lanzados en torno mío. Me apartaron inmediatamente de allí, pero ya lo había visto.

»Le había oído gritar mi nombre; había oído su recomendación postrera de no olvidarlo. Eso me ha seguido en la existencia y me ha predispuesto á muchas vacilaciones.

»Estos dos nombres que llevo unidos, simbolizan muy bien mi estado de incertidumbre, á pesar de reflexiones de cerca de treinta años.

»Mi estado civil es extraordinario: soy hijo de alemanes que no perdieron nunca su nacionalidad; y, en derecho, soy alemán también; pero, por mi madre, soy francés, y de ¡qué sangre de Francia! Descendiente de los compañeros de Champlain; biznieto del soldado de Napoleón; hijo de Clorinda, ¡en una palabra!

»¿Cómo conciliar todo esto?

»Siempre me encontré disputado entre dos familias. De niño, fuí el premio de aquella guerra; más tarde, hubo otra lucha, pero pacífica esta vez, de influencias ternísimas.

»Los Bricogne y los Griffeld rivalizaban en cariño por mí. Y conmigo todos fueron muy buenos. A medida que han desaparecido, les he echado de menos; y cada vez que moría uno de ellos, me figuraba que era el que yo más quería.

»¡Duermen allá, sobre la colina; todos, todos los que se quedaron en la Acadia; los he reunido en la muerte; enterré á los alemanes en el cementerio de los franceses, al lado de

ellos. Me parecía eternizar de este modo su reconciliación; pero ésta había sido sincera!

»Venga usted, le hablaré de ellos ante sus tumbas. Voy á menudo allá arriba, es una peregrinación grata para mí.»

Entonces, lentamente, los dos amigos—pues ya lo eran para el resto de su vida,—subieron la cuesta que conduce á la morada de los muertos; en el camino, Eitel precisaba:

—He dicho á usted que se hallan todos reunidos allí, los que se quedaron en la Acadia. En efecto, faltan algunos; los irreductibles á quienes no desarmó el perdón de Beltrana, es decir: Otón, Guillermo y Cristina.

»Éstos, al día siguiente de la amnistía pronunciada por el Consejo, declararon que no la aceptaban; y partieron, á pesar de las lágrimas de sus ancianos padres, y de las manos que les retenían.

»Cristina se casó en Quebec con un alemán de pura raza, y parece que aún vive. Otón marchó á Europa en compañía de Guillermo.



Y concluyó su discurso con un amplio gesto que envolvía al conjunto de las tumbas.

Lo presentó á su familia: su mujer, María; sus seis hijos, varones y hembras, entre diez y ocho y cinco años: Jerónimo, Beltrana, Tecla, Hermann, Virginia, Clorinda..., todos los nombres antiguos, de los padres ya desaparecidos.

A Santiago Duret no le sorprendió aquella mezcla de nombres alemanes y franceses; durante su viaje, había recogido ya muchos datos sobre aquella casa que iba á visitar.

Pero su curiosidad no había hecho más que aumentar; y, en aquella morada sonora, ante aquellos herederos de un pasado patético, sintióse impresionado como por la magia de una evocación.

Permaneció una semana en Closed-House; y, poco á poco, narración por narración, recorriendo con Eitel el terreno mismo de los antiguos acontecimientos, pudo reconstituir el drama que conocemos.

Pero hacía cerca de cuarenta años que había caído el telón sobre el evangélico desenlace inspirado por Beltrana. Terminada la guerra, ¿qué había sucedido?

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

»No sé lo que ha sido de ellos.

»Porque ninguno de ellos escribió en los años transcurridos desde su partida. Jamás dieron señales de existencia.

»Habían roto sus recuerdos, olvidándose de sus familias, del bosque y de la Acadia. Por esto mismo creo que eran de mala índole; y vi tantas veces á los viejos llorar hablando de ellos, que hasta les guardo cierto enojo.

»A excepción de éstos, todos duermen en la colina, y vamos á saludar sus tumbas.»

Entraron en el Campo del Silencio. Desde hacía cuarenta años, nuevos cipreses habían crecido al lado de nuevas piedras mortuorias. Pero la cruz, siempre firme, continuaba extendiendo sus dos brazos redentores sobre los otros helados.

Siguieron la calle formada por las fosas centenarias de los antepasados cuyo recuerdo ya se ha perdido, y se detuvieron ante la piedra más alta en que estaban escritos los nombres y los títulos de gloria del coronel Bricogne de la guardia imperial.

Debajo de la primera inscripción, se había grabado otra. Era muy sencilla:

«Beltrana Bricogne. 1790-1880.»

Descubierto, Eitel explicó:

—Ya lo ve usted por las fechas: aún sobrevivió largo tiempo á las épocas de trastorno. Pude conocerla bien. Era un espíritu sublime, un corazón amasado con bondad.

»Querida vieja, pobre vieja! Aún la estoy viendo tal como era..., satisfecha de todo cuando sus hijos se hallan todos agrupados en torno de ella. Sus ojos que, en su juventud orgullosa habían sido algo duros, se dulcificaron con los años hasta la humildad; mendigaba la ternura. ¡Oh, poco se la negaban! Y su sonrisa extinguida, como borrada, nos daba las gracias como si se tratase de un gran favor. En mi corazón, no tiene rival.

»Hasta el último momento, conservó su lucidez, luminosamente serena; su imagen brilla para mí, iluminando mi ruta. Es una figura de la antigüedad que hoy parecería fuera de su época.

»A su entierro acudieron de las cuatro partes de la península todos los acadianos, y todos decían:

«—¡Se va el alma del país!

»Había leído claramente en el porvenir, había profetizado con exactitud, al manifestar la esperanza de que, detrás de su féretro, alemanes y franceses marcharían reconciliados, unidos en el mismo dolor.

»Aquel día, Hermann lloraba como Jerónimo; y Tecla y Virginia, apoyadas una en otra, confundieron sus sollozos.

»También fué quizá la mayor desesperación de mi vida. Yo tenía quince años. Y aquella abuela, no vacilo en decirlo, me prefería aun á todas sus afecciones.

»Francés, inclínese usted ante esta tumba; es la de una francesa, y bajo su imagen me represento á la Madre Patria.»

Hablando, la voz del acadiano se había alterado, y se ahogó en un sollozo. Sacudió él su emoción y continuó:

—Cuando conozca usted mejor las soledades, sabrá que pena ó alegría, toda impresión es en ellas más duradera que en el movimiento de las poblaciones. Nada le distrae á uno de sus sentimientos; y continúa viviendo con sus muertos, y su religión es más fuerte que ninguna otra parte.

Saludó á la tumba con un gesto de ternura:

«—¡A más ver, hasta luego, abuela! ¡Sígame usted, Duret!

Lo llevó más lejos.

«Aquí están los jefes del tiempo del drama.

Se hallaban delante de una doble losa. Eitel pronunció:

«Jerónimo Bricogne y Virginia Hertel, su esposa. ¿Ve usted?, se siguieron á seis meses de distancia: 1883-1884.

»Este robusto anciano murió de un enfriamiento, durante un invierno muy crudo; desde entonces, su mujer ya no existió. ¡No se mató, pero puede decirse que se dejó morir..., y no tardó!

»Al otro lado del camino, vueltos hacia ellos, describen Tecla y Hermann. ¿Quién sospecharía hoy que estos vecinos silenciosos fueron enemigos? ¡Su reconciliación queda sellada sobre la piedra por toda una eternidad!

»Aquí, mi madre, muerta á los cuarenta años; tenía el corazón dañado desde los días trágicos...

»Sufrió largo tiempo. Además, creo que en el fondo de su conciencia abrigaba un vago remordimiento por no haber detenido, con un gesto de perdón, la mano de mi padre en el momento de quitarse la vida.

»Avejentada, recordaba más fácilmente los prime-

ros tiempos de su matrimonio, felices y tranquilos, que los últimos, dramáticos y sangrientos. Y si echó de menos al esposo de los días buenos, ¿cómo no había de perdonar poco á poco al que conoció después?

»Me amó siempre con un afecto ardiente, pero, á veces, en mis ojos, parecía temer un reproche ó buscar una absolución. Creo que sufrió rudas angustias de alma.

»¡Paz á su alma turbada!.. En tiempos apacibles, hubiera sido la gracia en persona.

»Aquí duerme Rolando; olvidado de Cristina, rehusó todas las muchachas que le propusieron; vivió solitario, en el bosque y en el mar, y el mar fué quien le mató.

»En una brusca tempestad, su barca zozobró lejos de la costa; su cuerpo fué arrojado á la playa, tres días después, envuelto en algas. Era un hombre excelente, recto y justo, y fué llorado por cuantos le habían conocido.

»Aquí están los más recientes, las tumbas nuevas. Lucrecia, que tampoco se casó. Murió, á los cincuenta años, altivamente resignada, desdeñosa de quejarse; y, al final de su vida, su actitud y su rostro recordaban fielmente los de la gran Beltrana.

»A su lado, Judit. ¡Pobre amiga! Tenía quince años cuando yo tenía cinco, y jugábamos juntos como chiquillos. Casóse con un tal León Marsolet y no fué feliz en su matrimonio. Su marido la abandonó para ir en busca de aventuras, y ella vino á refugiarse aquí para morir en su cama de niña.

»En fin Carlota y Rogerio. Éstos siempre se habían amado, antes, durante y después de la querrela; hicieron una hermosa pareja y vivieron felices; pero la epidemia de 1892 les segó en flor.

»Yo, hacía tres años que estaba casado, si no, me hubiera quedado solo en la casa desierta.»

Y concluyó su discurso con un amplio gesto que envolvía al conjunto de las tumbas.

—¡He aquí toda la raza! Observará usted que todos se siguieron de cerca; pero los padres habían vivido su existencia plena; además, las grandes familias ofrecen más superficie á los golpes de la suerte adversa... ¡Volvamos á la vida!

Aquel día, no fueron más lejos. Al siguiente, Duret dijo á Griffeld-Bricogne:

«—¿Y el Asilo de la selva, la casa alemana? Nunca habla usted de ella:

«—¡Vamos allá!, dijo Eitel. Es la última etapa.

Tomaron un camino, ancho al principio, bien trazado bajo copudos árboles; luego, poco á poco, el bosque se presentó enmarañado y espeso, el camino desaparecía bajo zarzales y ortigas; lo cortaban las ramas, y la naturaleza reconquistaba activamente aquel terreno antes ganado sobre ella por el trabajo de los hombres.

Adelantaban con dificultad, resguardándose el rostro, con las manos, del latigazo de vuelta de las ramas flexibles. Parecía que nadie había pasado por allí desde hacía mucho tiempo.

El historiador hizo la observación de esta circunstancia.

«—Es verdad, contestó Eitel. Nadie viene ya por aquí.

Se hallaban cerca de las barreras podridas que se desmenuzaban en el suelo; un poco más allá, entre altas hierbas que habían invadido los patios, se alzaba, lamentable, la casa abandonada y ruinosa.

«—Comprenda usted, dijo el acadiano. Esto representa la herencia de los que partieron: Cristina, Otón y Guillermo; mañana, ellos ó sus hijos pueden reclamarla. Por consiguiente se la guardo.

»Toda la finca está inculta; la casa se cae. ¡Que vengan!, les entregaré lo que les pertenece: malezas y escombros.»

Reflexionó un minuto y añadió luego frunciendo el ceño:

«—En fin, como usted sabe, tenía yo aquí tristes recuerdos.

Por la noche, en Closed-House, decía á su huésped. «—Ahora que usted lo ha visto y lo sabe todo, ¿qué cree que pienso?

Duret inclinó la cabeza apretando los labios:

«—Me es tanto más difícil decirlo, cuanto que quizá ni usted mismo lo sabe.

«—¡Es verdad!, dijo el acadiano. Sin embargo, busquemos un poco.

»He leído muchos libros de Europa, libros de ciencia, de literatura y también de historia. Con ciertos autores, me he preocupado de las cuestiones de herencia, de atavismo, como dicen ustedes en París, de la influencia de las razas; de lo que de cerca ó de lejos, se relaciona con mi caso excepcional.

»En todos esos libros, no encontré nada que pudiese satisfacerme y me he quedado tan pensativo como antes.

»Soy alemán, francés, vivo en Acadia, que también se llama Nueva Escocia y es inglesa... Con los ingleses desde hace mucho tiempo, las relaciones son fáciles. En el Dominion, los canadienses, los acadianos, son libres, y sir Wilfrid Laurier es de origen francés...

»Todos mis recuerdos diversos y revueltos, forman una especie de caos en que me pierdo. Tengo demasiada sangre mezclada en las venas...»

Se sonrió melancólicamente, y aquella confesión de debilidad sorprendía de parte de aquel hombre enérgico, de aquel magnífico atleta, como lo había calificado Duret.

«—En fin, repuso éste, en sus dos países de origen, ¿a cuál sigue queriendo más, Alemania ó Francia?

Eitel contestó:

«—La Alemania es grande y fuerte. Pero también es brutal, y la creo poco sincera. Es evidente que son sus ejércitos innumerables, siempre alerta, hace pesar sobre Europa un estado de zozobra continua y que arruina á los pueblos, arruinándose á sí misma, con la carga de los presupuestos militares.

»Es evidente que el pangermanismo es una amenaza perpetua: que su doctrina es un ultraje á la libertad de las naciones.

»Los alemanes siguen siendo lo que fueron siempre; es decir, violentos, complicados; sentimentales ante una trenza rubia y un jarro de cerveza, exaltados en seguida que pasa un regimiento tocando su charanga.

»Tienen la ridiculez de no creer sino en sí mismos, en el genio único de su raza sajona. Acusan á Francia de ligereza—lo que denuncia su pesadez, y sin embargo, no tienen ninguna estabilidad en su carácter.

»Su orgullo es absurdo, y su culto de la fuerza es odioso.

»Y, sin embargo, hay entre ellos, filósofos, sabios, poetas, artistas, músicos sobre todo, que, desde lo alto de sus sueños, debieron ver una tierra nivelada, denunciar la inanidad del espíritu de conquista y el horror de la guerra en unos tiempos científicos en que los inventos mortíferos son casi omnipotentes.

»Una guerra, en nuestros días, con los nuevos aparatos de destrucción, sería tal vez el fin de las capitales; y, en un campo de muertos, que se extendiera de París á Berlín, no habría vencidos ni vencedores, sino el silencio de las civilizaciones abolidas.

»Y por eso es por lo que el papel eternamente provocador de Alemania, no es habladuría pura, es cien veces criminal.

»Su emperador es inquietamente movedizo, feudal y moderno á la vez; nervioso, impulsivo; pacífico quizá, pero con un alma que cambia de sentimientos, como el cuerpo cambia de traje, cuatro veces al día... Ya ve usted que no estoy deslumbrado por el sol de Berlín.

«—En efecto, reconoció el historiador, ¿pero y Francia?

«—¡Ah, Francia!.. ¡oh!, la quiero más sin duda; me es grato pronunciar su nombre... ¡Dulce Francia!, como decía la gran Beltrana. Se me figura que á ella me unen más lazos que á Alemania... El alma de mi madre... El alma también, si no toda, al menos un poco del alma del coronel de la guardia.

»Pero, debo confesarlo, la Francia que yo prefiero no es la Francia actual; ésta desmiente su pasado.

»La que me seduce y me encanta, es la antigua Francia, principalmente la Francia canadiense: la Francia de los Champlain, de los Frontenac, de los Montcalm, de los Vaudreuil, de los Villiers, de los Beaujeu, nuestros valerosos capitanes, ¡héros de por aquí á quienes mis antepasados seguían!

»Y otra Francia también; la de Juan Bricogne, mi bisabuelo, que fué un excelente soldado; la Francia de Napoleón, ese labrador diabólico que surcaba la tierra á cañonazos, y sembraba cadáveres para cosechar tronos; que, en Dresde, rodeado de doce reyes, hechuras suyas, murmuraba orgullosamente al oído de sus hermanos:

«¿Si papá nos viese?..

«¡Oh, humanidad!

»Sí, sí, el imperio, el gran imperio, con el estruendo de sus batallas felices, ensanchando las fronteras de Francia hasta los límites de Europa; sus veinte años de sonoridades infernales y repercusiones de armaduras de que el mundo aún tiembla... ¡Ah, aquel tiempo, aquel tiempo!, es el punto luminoso de la historia; fuera de él, en torno de él, todo parece sombrío.»

«—Eitel, interrumpió el historiador, tiene usted en el cuerpo la afición innata á las gloriosas aventuras, y eso lo ha heredado usted de Francia.

«—¡No lo niego, pero aguarde usted!.. La Francia de hoy... desde la guerra, justamente, nuestra guerra... ¡Ah qué desilusión, qué decepción!

»¿Dónde está la república ateniense anunciada, prometida por Gambetta? En Francia, es el pueblo quien gobierna; y pueblo, en este caso, no quiere decir la masa de ciudadanos, sino el populacho, el elemento brutal de la nación.

»El sentimiento que domina es el odio á todo lo que se eleva sobre el nivel común; el reinado que se prepara es el de la igualdad ante lo feo y lo mediocre; la extinción de las inteligencias para el triunfo de los necios; la muerte del ideal, por no decir de la idea.

»Y ante el extranjero, ¿qué actitud? Los ingleses son ahora vuestros amigos. ¡Tanto mejor! ¿Para quién? Para ellos, porque les conviene.

»Son demasiado prácticos, demasiado negociantes, para contraer alianzas sin provecho, simplemente por impulsión y generosidad. No, no..., les conozco... Y les admiro...

»Son los únicos capaces de poner en jaque á Alemania, á la que temen también, y esta es la explicación de nuestra extraña alianza. ¡Ojalá sea feliz!

»Pero no, prefiero callarme... Me dejaría ir de la lengua... ¿Por qué me mira usted así?»

Santiago Duret, que reflexionaba, hizo un gesto evasivo y replicó:

—Busco en usted el sello impreso por las razas diversas... No le comprendo á usted... Me parecía que, por sus recuerdos, su elección estaba indicada.

»Lo que usted dice de la Francia actual es cierto, lo admito, en casi todo. Pero hemos atravesado ya crisis más terribles y el país ha vuelto siempre á levantarse. En fin, permítame usted que se lo diga, si sus padres de 1870 hubiesen pensado como usted, seguramente no se hubieran batido entre sí; esto hubiera sido mejor sin duda para cada uno de los partidos, pero no tendría usted hoy una bella historia épica que contarnos.

»Sin acordarse de sus patrias, hubieran seguido viviendo alegremente, bebiendo en común... Y esto hubiera sido lastimoso para los locos de otra edad que creen todavía en el honor de los pueblos como en el honor de los hombres.

—Sí, dijo Eitel, tiene usted razón, pero eso no me la quita á mí.

Levantóse, llevó del brazo á su huésped al ancho balcón que rodeaba los muros de la antigua casa Bricogne; y lo recorrieron paso á paso, por sus cuatro fachadas.

Eitel decía:

—¿No basta ver lo que veo, vivir como vivo, pasado, presente y porvenir? ¡Los viejos que duermen! Yo no debo juzgarlos... Todos me querían. ¿Soy yo feliz? Humanamente, sí. Mis hijos continuarán la raza.

»Mire usted. Ese es el bosque en que di mis primeros pasos, en que alcé los ojos para medir los árboles, cuando era así de alto...

»Ahí tenemos el mar que me meció, que meció á mis padres y á todos los suyos. También es de la familia.

»Ahí las praderas, los campos, cultivados por los hombres de otra época que pensaban seguramente en los hombres de hoy, trabajando santamente para su posteridad.

»Allá, arriba, la colina, el Campo Santo, la fosa de la historia. ¡No quiero más historia! ¡Con lo que tengo me basta!

»Usted, el hombre de las ciudades ruidosas, ¿no siente la alegría de nuestro silencio? ¿No respira usted mejor en nuestros horizontes libres que en sus calles estrechas? Oiga usted. Cada hora que pasa, suena más lentamente en nuestros viejos relojes que en las esferas de sus estaciones de ferrocarril.

»Aquí no se codea uno jamás con estafadores, ni con rufianes, ni con bandidos, ni con maniáticos, ni con locos... El dinero no tiene valor, y si lo tiene, ¡es tan poco!..

»Aquí, los hombres son hombres; trabajan con sus brazos, encorvados, sudando.

»Yo soy leñador, pescador, cazador y agricultor como mis padres. Nuestra tierra nos alimenta y nos ama. Es nuestra. Harto cara se pagó en tiempo de los ingleses.

»Aquí, es la soledad, la libertad, el espacio; y, concluída la jornada, al regresar á la antigua vivienda en que aún subsiste la presencia de las antiguas almas, con nuestras manazas callosas de rústicos campesinos, tomamos de la biblioteca—ya la ha visto usted—un tomo de Renau ó de Flaubert, y lemos... y comprendemos.»

—Sí, murmuró Duret; contradicciones, paradojas, incoherencia, ¿qué importa si así se vive feliz?

—Sí, contestó Eitel. Soy feliz; no deseo nada. ¿No cree usted que el porvenir es de las tierras nuevas, de las razas como las nuestras?

»Mire usted, por ejemplo, á mi hijo Jerónimo, el mayor. Doquiera que vaya, doquiera que la suerte lo lleve, se ganará la vida con sus brazos; lo cual no le impide leer á Tácito en el texto original, como le enseñó un cura.

»Pero sabe que el hombre no es completo si no se sirve de todos sus órganos y que el esfuerzo corporal no excluye el pensamiento... Qué lejos estamos de Francia, ¿eh?»

—Muy lejos, pero no estoy más adelantado que al principio. En fin, precisemos: ¿de qué nacionalidad es usted ahora? ¿Francés?

Eitel dudaba.

—No, á pesar de mi madre.

—¿Alemán?

—No, no, á pesar de mi padre.

—¿Inglés, entonces?

—Tampoco.

—¿Entonces?..

—¿Acadiano!

Y extendió la mano señalando al bosque:

—¡Esa es mi verdadera patria! ¡Fuera de ella, no existo! ¡Ahí está mi vida; es imposible concebirla de otro modo cuando se la ha vivido! ¡Crea usted que es bastante!

—Quizá, concluyó Duret; todo cambia en cuarenta años; está bien, sigamos nuestro camino... ¡Adelante por encima de las tumbas!

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

MONUMENTO Á LOS PINTORES BRAITH Y MALI

En la ciudad de Biberach (Wurtemberg), efectuóse hace poco la solemne inauguración del adjunto monumento dedicado á los pintores de animales Antonio Braith y Cristián Mali.

El monumento es la expresión de gratitud que Biberach siente hacia esos dos artistas que, unidos en vida por una amistad indestructible, descansan ahora juntos en el cementerio de aquella población; á los dos debe, en efecto, la ciudad un presente valiosísimo, el legado no sólo de un gran número de cuadros, estudios y bocetos originales suyos, sino también de una importante galería de obras selectísimas de arte antiguo y moderno, así como de una colección de objetos artísticos y de antigüedades que con gran cariño y extraordinaria inteligencia habían aquéllos logrado reunir y que contienen un buen número de piezas verdaderamente preciosas. Además legaron una cantidad importante con la cual ha sido posible instalar todas las colecciones en un local digno de ellas formando así un museo pú-

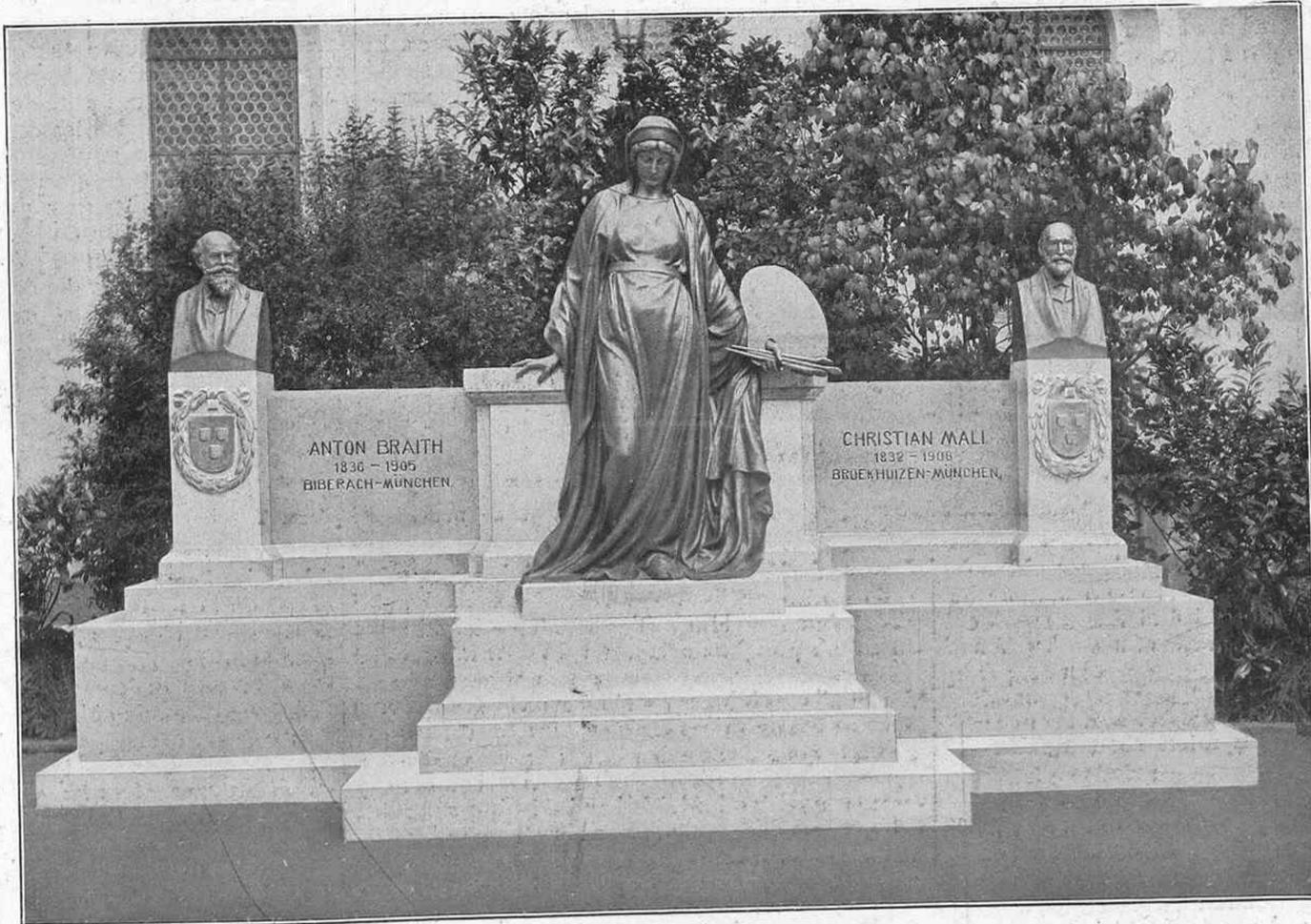
blico que constituye uno de los mayores atractivos de Biberach.

El hecho de que aquellos dos artistas que pasaron

en casi todos los museos de Europa y en los palacios de los multimillonarios americanos, había nacido en aquella ciudad; en ella, como pastor, había hecho

sus primeros estudios artísticos del natural reproduciendo las reses de su rebaño, y recibiendo las primeras lecciones del pintor Pflug; y de ella no se olvidó nunca, ni cuando llegó á ser el maestro colmado de gloria y de riquezas. Todos los años la visitaba y al fin allí fijó su residencia y terminó su vida.

Mali no era hijo de Biberach, ni alemán siquiera, pues había nacido en Holanda; pero era el amigo inseparable de Braith, con quien había vivido durante cuarenta años bajo el mismo techo; juntos habían estudiado y luchado y juntos habían acumulado honores y riquezas. Braith le enseñó á amar á su ciudad y él quiso al morir



Monumento erigido en Biberach (Wurtemberg) á la memoria de los dos pintores Antonio Braith y Cristián Mali, obra de Federico Kubn

que también ésta fuese su heredera. Aparte de esto, Braith y Mali dejaron al morir un millón de marcos y la quinta *Schwabenburg* á la Asociación Artística de Munich.—T.

la mayor parte de su vida en Munich hayan dejado su herencia á Biberach tiene su explicación.

Braith, que se hizo célebre por la pasmosa verdad con que pintaba los animales y cuyas obras figuran

que también ésta fuese su heredera. Aparte de esto, Braith y Mali dejaron al morir un millón de marcos y la quinta *Schwabenburg* á la Asociación Artística de Munich.—T.

ACTUALIDADES BARCELONESAS.—LA FIESTA DEL PÁJARO
BENDICIÓN DE LA BANDERA DEL SOMATÉN DE SAN GERVASIO
(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



La fiesta del pájaro.—Grupo de niños disponiéndose á dar suelta á los pájaros que llevan encerrados en jaulas

Organizada por la benemérita Asociación Protectora de los Animales y de las Plantas, celebróse el día 18 de los corrientes una fiesta en extremo hermosa, la Fiesta del Pájaro, cuyo objeto era dar libertad á centenares de pajarillos y enseñar á amar y respetar á esos seres que la codicia de unos, las prevenciones de otros y el capricho de no pocos tiene aprisionados contraviniendo las leyes de la naturaleza y con grave daño de la agricultura.

Reunidos en los salones del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro multitud de niños y niñas de varias escuelas adheridas á la mencionada Asocia-

Seguidamente un niño leyó una inspirada poesía del Sr. Boloix y Canela alusiva al acto y después de repartirse á los niños bombones y banderitas de la Asociación y de entregárseles numerosas jaulas con pájaros, dirigióse la comitiva á la plaza de Cataluña. Una vez allí, el coro infantil «Mossén Cinto» cantó el himno *L'auzellada*, que fué muy aplaudido por el numeroso público allí reunido.

Luego, á una señal dada por el presidente, fueron abiertas las jaulas y salieron volando centenares de pájaros entre los aplausos de los espectadores. El citado coro entonó *La primavera* y con esto se dió por terminado

el acto, distribuyéndose al final á los niños unos cuadernos que contenían poesías de Verdaguer y de Boloix relacionadas

y en ella esperaban la llegada del general Weyler y del obispo Dr. Laguarda, el comandante general de somatenes Sr. García Villanueva, el vocal de somatenes Sr. conde de Güell, el presidente de Sala de la Audiencia Sr. Cereceda, el teniente coronel Sr. Hernández, el párroco de la Bonanova Dr. Estebanell y otras distinguidas personalidades.

Llegados el general Weyler, que fué saludado con la Marcha Real, y el Dr. Laguarda, éste, auxiliado por el Dr. Estebanell, procedió á la bendición de la bandera en un artístico altar que se había levantado en la parte media de la Avenida.

Dijose después una misa de campaña y terminada ésta dirigiéronse todos los concurrentes á la iglesia de la Bonanova, en donde nuestro sabio y virtuoso prelado pronunció un elocuente sermón en el que manifestó su complacencia por la fiesta celebrada, recordó la significación de los somatenes, ensalzó á esta institución que tan sana influencia ejerce en el bienestar y en el desarrollo de nuestro pueblo y felicitóse de que los catalanes conservasen sus buenas



El coro infantil «Mossén Cinto» entonando un himno alusivo á la fiesta del pájaro.

Plantas por sus laudables iniciativas y hacemos votos porque su labor eminentemente educadora se vea secundada por quienes mejor pueden hacerlo y alcance cada vez más extensión y más importancia.

Aquel mismo día efectuóse otra ceremonia no menos simpática, la bendición de la bandera del somatén de San Gervasio de Cassolas.

A las nueve y media, hallábanse reunidos en la plaza de la Bonanova los somatenes de San Gervasio, Esplugas, San Justo Desvern, Horta y Pedralbes, que se dirigieron á la Avenida del Tibidabo, en donde debía celebrarse la fiesta. La Avenida estaba engalanada con banderas españolas y catalanas



Bendición de la bandera del somatén de San Gervasio.—La misa de campaña

ción, escucharon un sentido discurso del presidente de ésta Dr. Manaut, que en términos sencillos y en ocasiones conmovedores, les explicó los fines que aquella sociedad persigue, les demostró la importancia que tiene para la agricultura la protección á los pájaros y les recomendó que no se hiciera á éstos objeto de diversión ni se les martirizara y que se les diese la libertad que tanto como ellos aman.

A continuación el secretario Sr. Wyn dió cuenta de las adhesiones recibidas, entre ellas la del eminente tenor Viñas, fundador de la Fiesta del Arbol, de Moyá, redactada en términos sentidísimos, llena de ternezas para los niños y para los pájaros.

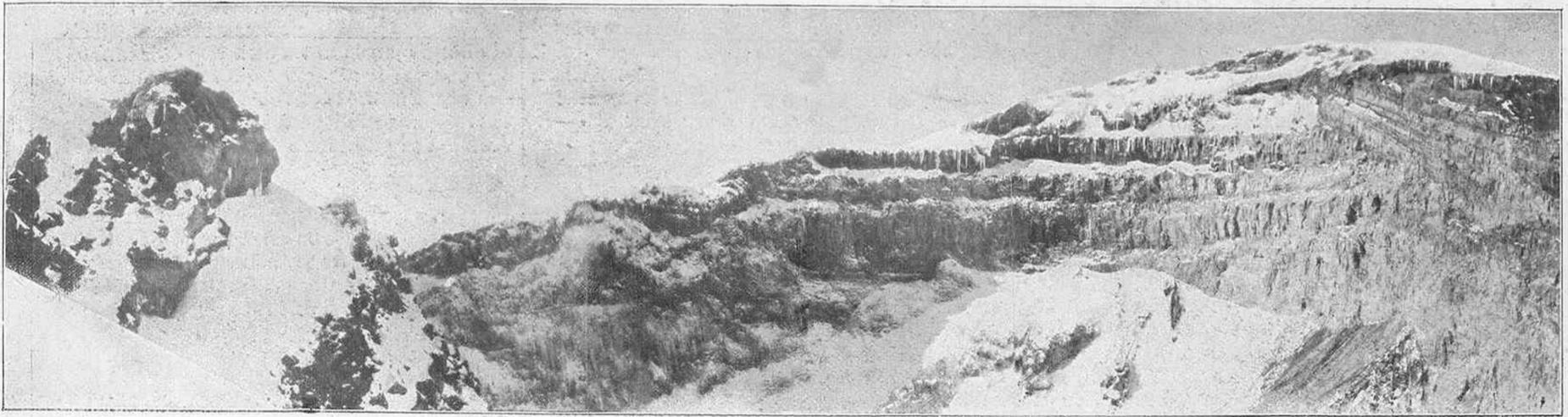


Los somatenes dirigiéndose á la Bonanova después de la misa de campaña

con la hermosa fiesta que acababa de celebrarse. Muy sincera y entusiastamente felicitamos á la Asociación Protectora de los Animales y de las

tradiciones. Por último los somatenes se situaron en la plaza, siendo revistados por el capitán general Sr. Weyler.—S.

EN LA CUMBRE DEL POPOCATEPETL (MÉXICO), POR FÉLIX SCHOLZ



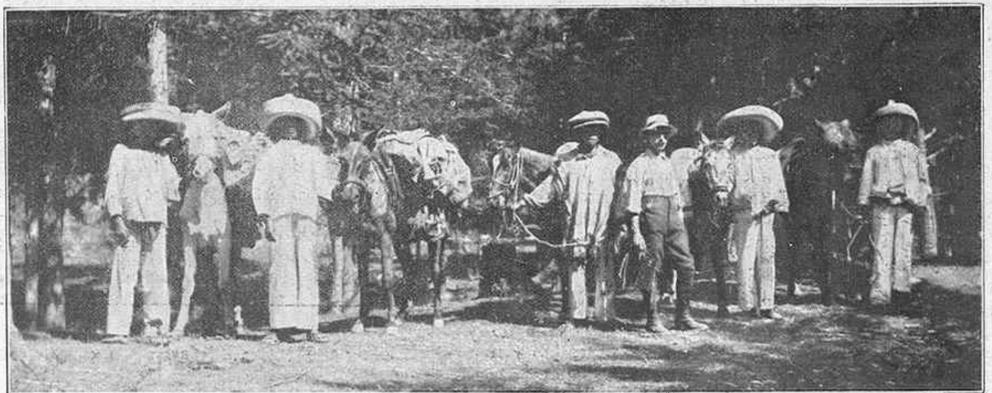
El cráter del volcán Popocatepetl, la montaña más alta del territorio mexicano

Después de unas semanas de lluvias torrenciales, vense los colosos nevados del país de los aztecas destacarse majestuosamente sobre el cielo azul. Ha cesado el frío y es, por consiguiente, ocasión oportuna de visitar el Popocatepetl, que se alza entre México y Puebla. Aunque la empresa no es peligrosa, una ascensión como esta á una altitud de 5.455 metros, para la cual se emplean tres días, requiere algunos preparavos.

en que del cráter se sacaba todavía azufre y que á nosotros nos sirvió de nocturno albergue.

mesetas de Escocia, y después de todo esto creía que había abarcado la naturaleza en toda su sublimidad, pero debo con-

Después de una noche mala bajo todos conceptos, por frialdad del viento y la escasa presión del aire en aquella altitud de 4 000 metros, á la madrugada y mucho antes de que amaneciera proseguimos nuestra ascensión. En el firmamento brillaban las estrellas; allá á lo lejos distinguíase á simple vista el pico de Orizaba iluminado por los pálidos rayos de la luna; Puebla y México parecían saludarnos con sus luces y enfrente de nosotros alzábase, como teca de eterna nieve, la cima del cráter. Reinaba un silencio imponente. Habíamos llegado al límite de la nieve y allí dejamos al cocinero, á los faquines y las acémilas. Los demás continuamos la excursión, y al cabo de tres horas de marcha penosísima alcanzamos el borde del cráter, que tiene 600 metros de profundidad.



Descanso de los expedicionarios á su regreso de la expedición

Una lava de color pardo gris y dispuesta en forma de bancas constituye las abruptas paredes del cráter, que con sus picos de nieve parecería una cosa muerta si los amarillentos vapores de azufre que por todas partes salen y los rugidos subterráneos que de cuando en cuando claramente se perciben no nos recordasen las enormes fuerzas en aquella sima existentes y que á cada instante pueden comenzar su obra devastadora.

Si grandioso es el espectáculo del cráter, no lo es menos el panorama que desde aquella altura se domina: con decir que ante nuestra vista se ofrecen al Este el Atlántico, al Oeste el Océano Pacífico y entre ambos la América central, está dicho todo. He visto desde el Cabo Norte el mar dorado por el sol de media no-

impresión que me produjo la contemplación, desde el Po-



Vista de la cumbre nevada

Provista de abrigo y de abundantes víveres, nuestra pequeña caravana, compuesta de dos guías, un cocinero y dos faquines, comenzó el viaje saliendo de Amecameca, desde donde se ven en toda su esplendente belleza el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, é internándose por una espesa selva. A medida que fuimos subiendo el bosque fué aclarándose, ofreciéndonos un pintoresco espectáculo con las flores de colores brillantes que cubrían el rojo suelo arcilloso y que los rayos del sol hacían resaltar en toda su belleza.

De pronto, un claro á nuestra derecha nos mostró en toda su magnificencia el objetivo de nuestra excursión, que de hora en hora se nos aparecía más majestuoso con su cumbre coronada de nieve. El camino era muy malo y colosales árboles derribados, simas, torrentes y grandes pedruscos dificultaban nuestra marcha; pero nuestras acémilas con admirable perseverancia vencieron todos los obstáculos.

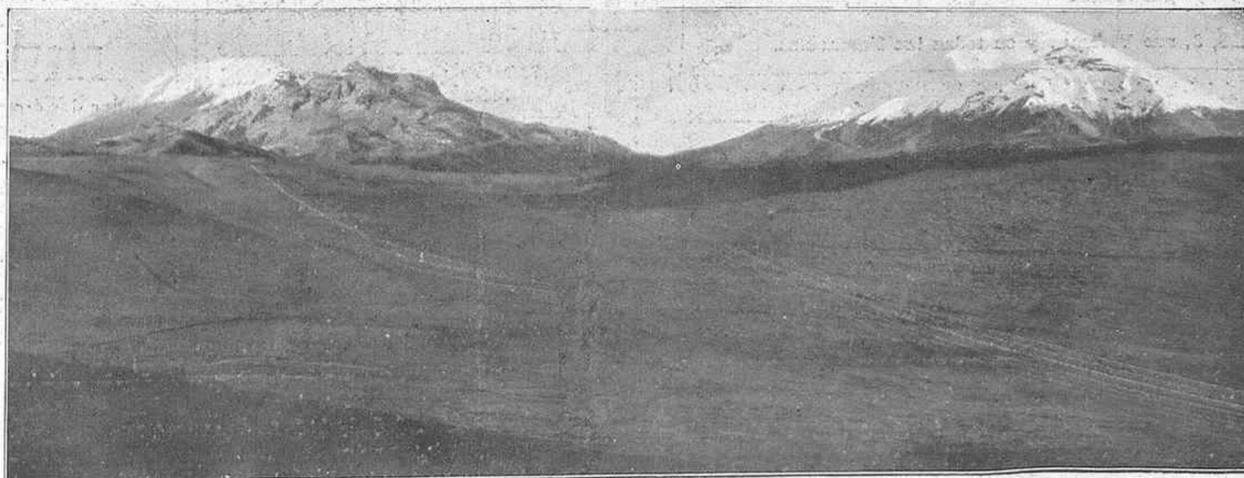
Poníase el sol dorando con sus rayos el Popocatepetl, cuando llegamos al rancho Barajo, conjunto de miserables barracas de tablas medio derruidas que data de la época

desde el Cabo Norte el mar dorado por el sol de media no-

impresión cuyo recuerdo perdurará en mí mientras viva.



Un prado: en el fondo, el Popocatepetl



Iztaccihuatl y Popocatepetl con el campo de lava á 4.600 metros de altitud

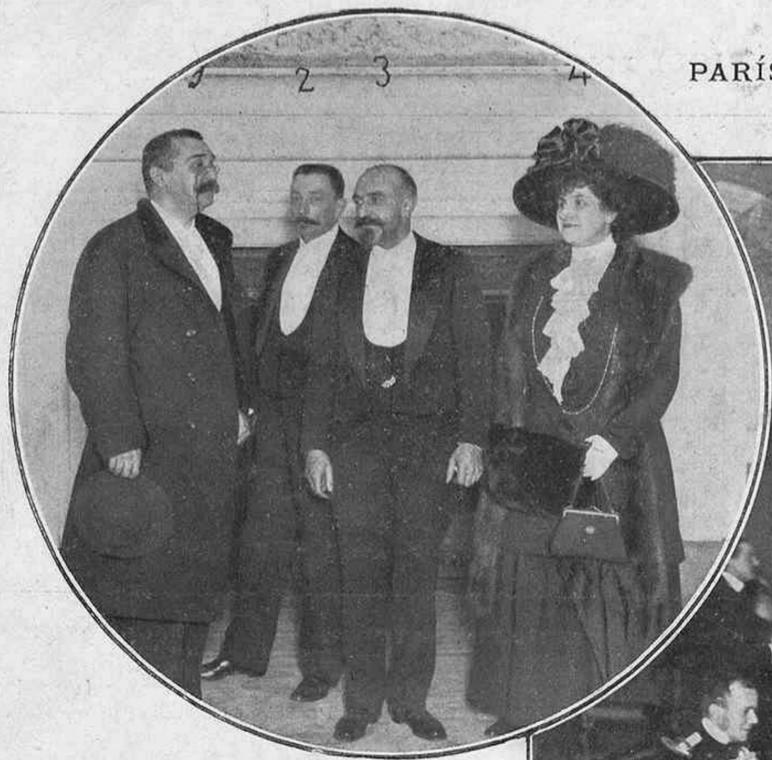
che; he admirado desde las montañas de Turingia los encantadores valles de mi patria; he contemplado la belleza de las

tas fueron las dos primeras.

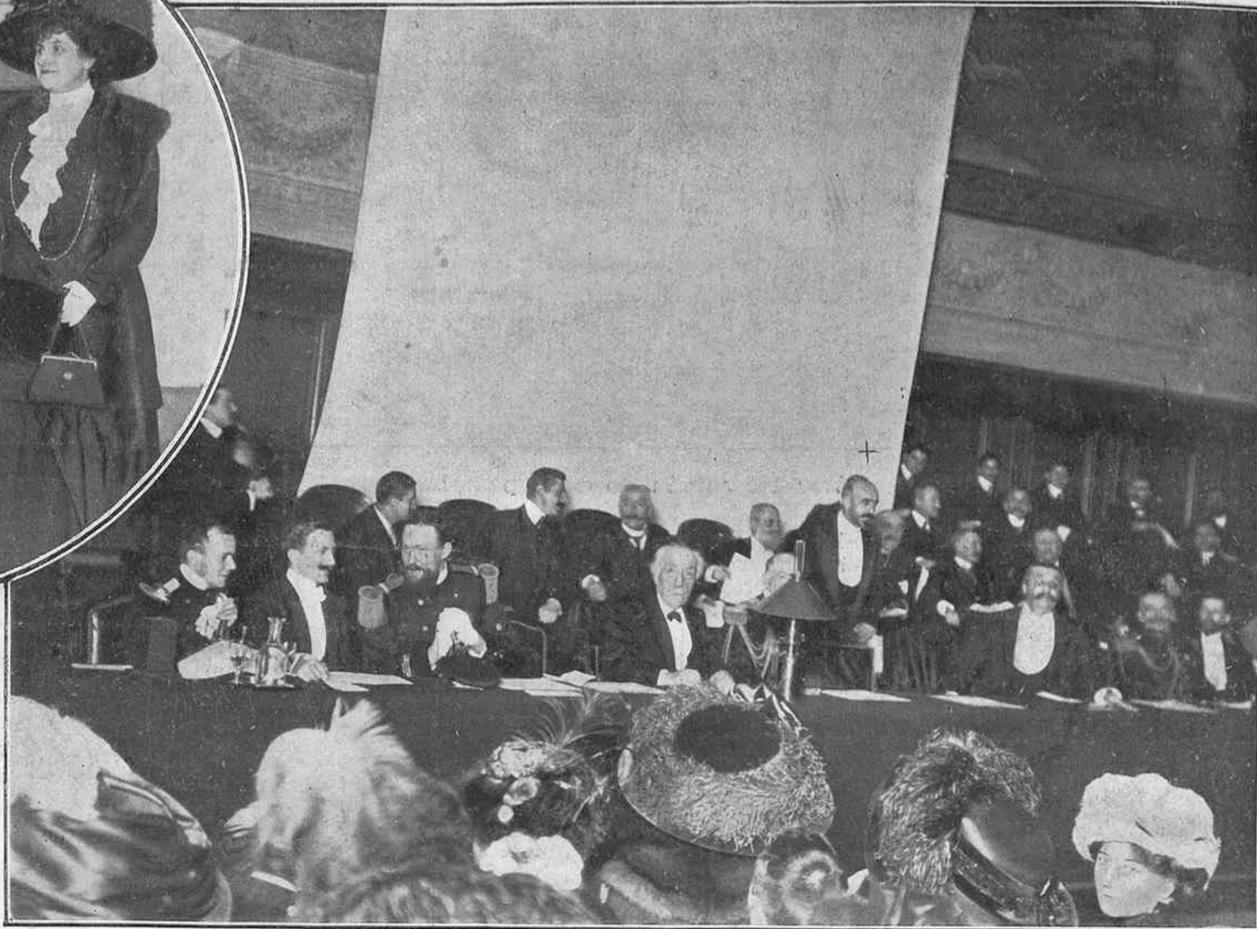
La primera ascensión al Popocatepetl efectuóla en 1519 Diego Ordax, soldado de Hernán Cortés; posteriormente la realizaron con miras científicas: Souneschmidt, en 1772; Humboldt, en 1808; Guillermo y Federico Glenie en 1827; Berbeck, en 1827; el barón Gros y Federico de Gerolt, en 1833; Sonntag y Laveiriere, en 1857. De las observaciones de estos últimos resultó que la altura de las dos cimas del Popocatepetl, el Espinazo del Diablo y el Pico Mayor es de 5.240 y 5.425 metros respectivamente.

Las principales erupciones de que se conserva memoria han tenido lugar en 1519, 1548, 1571, 1593, 1642 y 1802; las más violentas fueron las dos primeras.

PARÍS.—RECEPCIÓN DE LA MISIÓN CHARCOT EN LA SORBONA



1. El príncipe Rolando de Bonaparte.—
2. El barón Kulot.—3. El doctor Charcot.—4. La señora de Charcot.



El Dr. Charcot (x) dando en el gran anfiteatro de la Sorbona su conferencia sobre su expedición al Polo Sur. (De fotografías de World's Graphic Press.)

Para tributar un homenaje á la misión Charcot, á los valientes y sabios expedicionarios que en el buque *Pourquoi-Pas?* exploraron recientemente y con tanto éxito las regiones del polo antártico, celebróse el día 7 de los corrientes en el gran anfiteatro de la Sorbona de París una sesión solemnísimá organizada por el gobierno, la Academia de Ciencias y la Oficina de Longitudes.

Para que se comprenda la importancia excepcional de aquel acto, al que concurrió un público tan numeroso como escogido, bastará citar los personajes que ocupaban el estrado presidencial: Dubost, presidente del Senado; Brissón, presidente de la Cámara de Diputados; el almirante Boué de Lapeyrière, ministro de Marina; Loubet, expresidente de la República; Charcot, jefe de la expedición antártica; el príncipe de Mónaco; el príncipe Rolando de Bonaparte; los ministros de Noruega y de Chile; los encargados de negocios del Brasil, del Uruguay y de la Argentina; Lepine, prefecto de policía; el general Florentín, gran canciller de la Legión de Honor; Berteaux y Etienne, vicepresidentes de la Cámara de Diputados; el almirante Fournier, vicepresidente de la Oficina de Longitudes; Doumer, expresidente de la Cámara de Diputados; Liard, vicerrector de la Academia de Ciencias; Perrier, director del Museo; los decanos de las facultades de Ciencias y Letras, y un gran número de académicos.

Después de haber pronunciado encomiásticos discursos los Sres. Picard, presidente de la Academia de Ciencias, Poincaré, en nombre de la Oficina de Longitudes, y Perrier, usó de la palabra el Dr. Charcot, quien durante hora y media cautivó la atención del auditorio, haciendo el relato en frases enérgicas, vibrantes, de la expedición del *Pourquoi-Pas?* desde su

salida del Havre, en 15 de agosto de 1908, hasta su regreso á Punta Arenas en 11 de febrero de 1910. Su conferencia, que fué interesantísima, estuvo ilustrada con numerosas proyecciones que hicieron desfilár ante los ojos de los espectadores paisajes polares, escenas de á bordo y fotografías de animales. El Sr. Faure puso término á la sesión con un elocuente discurso felicitando en nombre del gobierno á los expedicionarios, que habían merecido bien de la patria, y ofreciéndoles el testimonio de la gratitud nacional. Después manifestó que el gobierno no había nombrado oficial de la Legión de Honor al Dr. Charcot y caballero de la misma orden al teniente de navío Bougrain, oficiales de Instrucción Pública á los Sres. Cholet, Poste y Jobet, inscritos marítimos; y oficiales de Academia á los Sres. Boland, oficial alumno de Marina; Godefroi, alférez de navío; Nozal, oficial de la marina mercante; Ronch, alférez de navío, y Bosselin, jefe maquinista, todos ellos miembros de la expedición.

Ociosos es decir que el Dr. Charcot fué objeto de una ovación entusiasta. — P.



VINO Y JARABE

DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE.
El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas

PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 ó 6 al día)
no se venden sueltas
EXIJSNRE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 ó 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER.—Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela.— Su precio: 18 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LA VIDA SOCIAL

Reglas de etiqueta y cortesía en todos los actos de la vida por la Marquesa de l'Isle

Un elegante tomo de 350 páginas lujosamente encuadernado.— Edición publicada por la casa de D. Marcelino Bordoy de Barcelona. Precio: 8 pesetas

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las dzmas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN